

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



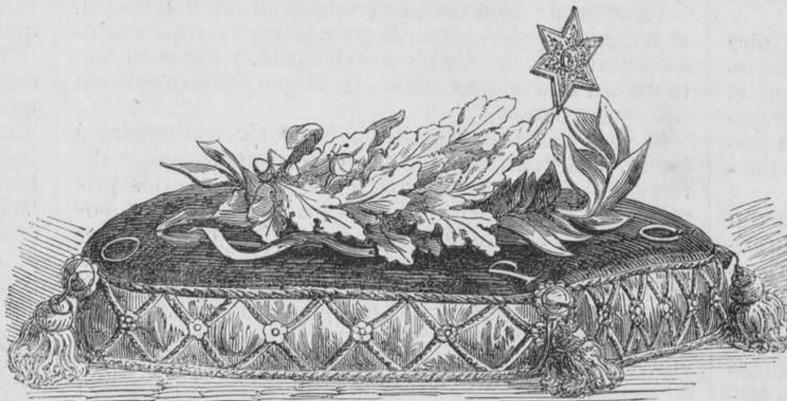
1861. — TOMO XVII.

EDITORES PROPIETARIOS . X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 20. — N° 428.

SUMARIO.

Corona regalada á Victor Manuel por la municipalidad de Turin; grabados. — Revista española. — Escenas de la Carolina del Sur; grabados. — Objetos preciosos de la China; grabados. — Revista de Paris. — Antonio Badia y Leblich. — Historia de las modas en Francia desde hace un siglo; grabados. — Una historia inglesa. — Monseñor Sacconi; grabado. — Un baile en Belgrado; grabado. — Don José de Madrazo; grabado. — La fiesta de san José en Paris; grabado. — Medalla de la expedición de China; grabado. — Los aventureros. — Revista de la moda. — La Primavera; grabado.



CORONA REGALADA Á S. M. VICTOR MANUEL.
por la municipalidad de Turin.

municipalidad de Turin y de las señoras de esa ciudad presentaron á Victor Manuel una corona de oro incrustada de piedras preciosas.

El rey expresó ardientemente su agradecimiento por esa muestra de afecto que le hacen sus conciudadanos.

La corona se compone, como se ve representada en nuestro dibujo, de dos ramos de laurel y de encina, y en el centro resplandece una estrella de diamantes.

Una cinta une los dos ramos, y lleva esta inscripcion :

A Victor Manuel, restaurador del imperio de Italia. — Los ciudadanos de Turin. — 1860.

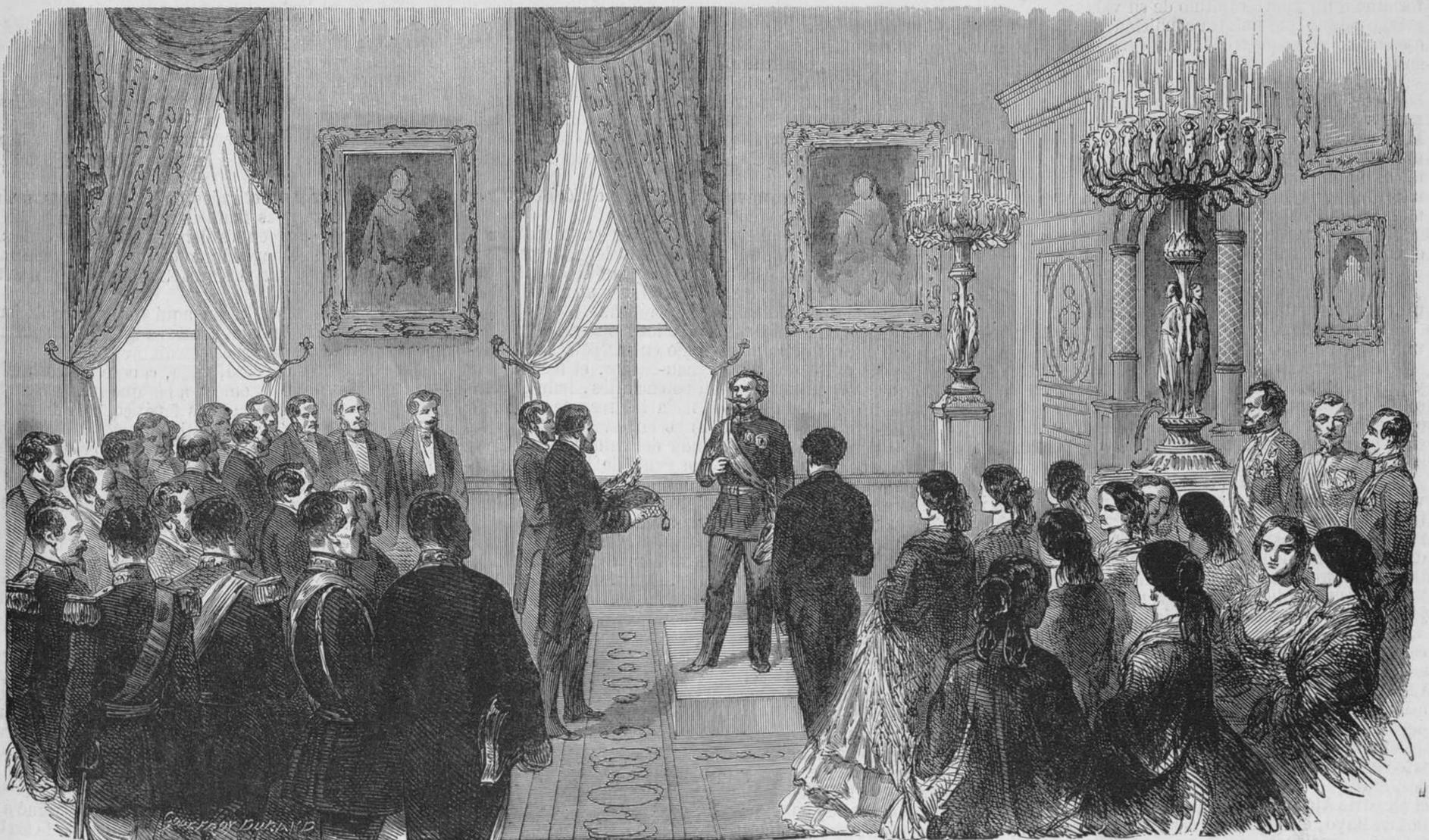
Sobre una almohadilla bordada por la comision de las señoras de Turin, se lee debajo de la cinta este verso de Horacio:

Lucem redde tuae, dum donec, patria.

Corona regalada á Victor Manuel

POR LA MUNICIPALIDAD DE TURIN.

El 25 de febrero último la diputacion de la



S. M. VICTOR MANUEL RECIBIENDO LA CORONA REGALADA POR LA MUNICIPALIDAD DE TURIN.

Revista española.

El carnaval. — Varios pensamientos. — Nuestros padres y nosotros. — Las máscaras en los paseos. — Bullicio y algazara. — Capellanes. — Bailes públicos. — Un bromazo de las nubes. — Baile de trajes en la embajada francesa. — Un marido soltero y su mujer viuda. — La cuarema. — Costumbres españolas. — Las dos poblaciones de Madrid. — Un cuento de Calderón. — Don Antonio Gil y Zárate; su muerte, sus obras, su confesor. — Una corona de plata. — Los molinos de viento. — La escuela de la murmuración. — Los lazos del vicio. — Zarzuelas. — Obras prohibidas. — La Soledad. — Nuevas publicaciones. — Academias y museos. — Una locomotora. — Un busto de sal.

El mes de febrero tiene el privilegio de ser uno de los más interesantes del año.

El carnaval y la cuarema, ese gran contraste de la vida, llenan con sus episodios sus breves días, y el cronista observador, no solo puede referir muchos sucesos, sorprender muchas escenas, contar muchas anécdotas, bosquejar muchos cuadros, sino que en estos variados espectáculos encuentra deducciones muy dignas de tenerse en cuenta.

El año debería empezar el miércoles de ceniza y concluir el domingo de carnaval.

Los bulliciosos días del alegre reinado de la máscara serían un índice de todo el año, y de él podrían sacarse consecuencias muy útiles, y muy tristes á la vez.

Por de pronto, se me ocurre una idea que participa de las dos cosas.

El decantado axioma de que se puede cuanto se quiere, pierde toda su fuerza, y se convierte á mis ojos en un alarde de vanidad, en una serie de palabras, sin valor ni sentido. Si no es así, ¿porqué todos los pueblos esperan estos días en que la sociedad sale de quicio, para encontrar en ellos ancho campo al deseo de decir lo que sienten, comprimido en el resto del año por esa misma sociedad que componen?

Los tres ó cuatro días de carnaval me prueban otra verdad mas triste todavía. Registrad las historias de los tiempos remotos y de los mas modernos, comparad el año presente con el anterior y con el otro y con los que le precedieron. La sociedad no ha adelantado un solo paso, por mas que la inteligencia haya descubierto nuevos y fecundos horizontes.

Nuestros padres se disfrazaron como nosotros, fueron héroes de intrigas como las nuestras, guardaron durante mucho tiempo secretos amargos, para descubrirlos con el rostro cubierto como hoy lo hacemos nosotros; castigaron con el sarcasmo la infidelidad, sacaron al rostro de las coquetas los últimos matices de su espirante rubor, se colocaron á la altura de los hombres eminentes, estrecharon la mano de la mujer amada por el sistema de Platon, al que bien pudiera llamarse de *planton*, por los que se hacen delante de los balcones de las mujeres amadas; vaciaron, si se me permite esta palabra, vaciaron su alma de resentimientos, de pesares y de alegría, y reconociendo al fin de todo una verdad, la madre de todas, nuestro origen y nuestro fin, pusieron término á un nuevo capítulo de su vida.

Pero puesto que nuestra condicion es la de no salir de ese círculo vicioso que las formas sociales nos han trazado, puesto que á la sombra de esta filosofía pesimista se goza, y se divierten los actores y los espectadores de las farsas de carnaval, puesto que mientras dura, los pesares se ahogan, la alegría-reina en todas partes, y el bullicio y la algazara trastornan, y los chistes y las bromas y las intrigas interesan y agradan, no nos lamentemos de una costumbre que tantos placeres proporciona; describamosla únicamente para que nuestros amables lectores del otro mundo, puedan divertirse con el recuerdo de nuestras diversiones, y apreciar en conjunto el cuadro de nuestras alegrías populares.

El carnaval de este año ha sido animadísimo.

Madrid se ha presentado á mis ojos en los días de la máscara, como un delirio, como un ensueño.

Jamás he sorprendido en un pueblo mayor animación, una alegría mas espontánea.

Hacia ya muchos años que el sol faltaba en estos días, y pocas veces han sido tan favorables como en el presente á esta animada fiesta, la primavera que la ha ofrecido sus primicias, y el sol que la ha brindado un cielo puro y límpido, luces encantadoras, horizontes risueños.

Las calles de Madrid, pobladas desde el primer día por variadas comparsas ambulantes, músicas y algazara por todas partes, rostros do quiera rebosando satisfacción, máscaras bulliciosas con todos los disfraces imaginables, desde la vulgaridad hasta la extravagancia; niños vestidos con trajes de otras épocas, mujeres felices por llevar trajes de hombre, hombres transformados en mujeres, jóvenes aristócratas con librea, lacayos metamorfoseados en caballeros, racionales convertidos en habitantes de la casa de fieras; y confundidos entre los héroes de la fiesta los entusiastas espectadores; los paseos elegidos por unos y otros llenos de gente de todas clases; aquí los asiduos concurrentes á los higiénicos paseos del Campo del Moro y de la Montaña del Príncipe Pio, culpables de una infidelidad que se complacen en cometer; allí rostros que no se ven mas que en las grandes solemnidades, el día del Corpus en la carrera, durante la feria en el paseo de Atocha, en las verbenas y en la función del Dos de Mayo; en todas partes vida y movimiento, chistes, reconvenciones, confianzas, consejos, admiraciones, risas, gritos, cantares, epigramas, bromas en todos los tonos posibles, confusion, carreras, encuentros inespe-

rados, citas, tropiezos, amenazas, avisos; todos estos contrastes formando un fantástico conjunto, han sido en la primera década del mes actual la vida con que han vivido los habitantes de Madrid, han sido como he dicho anteriormente, un sueño, ó mas bien una de esas pesadillas, que aunque nos atormentan no queremos que nos abandonen; han sido una fiebre que la religion ha curado como todos los años, poniéndonos la ceniza en la frente, recordándonos una verdad consoladora, mostrándonos á la luz de su antorcha divina la locura de las pasiones y la dicha de los sentimientos, enseñándonos el círculo mezquino que nos hemos trazado al reunirnos en sociedad y el espacio sin límites que ha concedido Dios al hombre.

¿Quién al tener delante un cuadro tan dichoso, quién al mirar á un pueblo con la risa en los labios, con la alegría en el corazón, sin una pena, sin un recuerdo triste al parecer, podría creer en la desgracia?

Madrid ha olvidado sus pesadumbres, ha dado tregua á sus dolores, ó al menos los ha encubierto con una máscara y los ha hecho pasar por alegrías.

Y no solo en las calles, en el Prado, en Recoletos, en la Fuente Castellana ó en Atocha, ha ofrecido Madrid ese aspecto fantástico; no solo el día ha presenciado las mil locuras y extravagancias del carnaval. Desde el anochecer hasta la una, recogieron los salones de Capellanes á los alegres máscaras, y á las bromas al aire libre sucedieron los amores de luz artificial, la confusa gritería de las calles se aumentó con el estrépito de cadenciosas músicas, los saltos y carreras del Prado se convirtieron en acompasados movimientos de walses ó mazurcas, de polcas y de cotillones. Mas tarde abrieron sus puertas á la desordenada multitud *corregida y con aumento*, el gran salon de Oriente, el teatro de Jovellanos, el circo de Paul y las casas particulares.

Después citaré algunos de los bailes de los salones aristocráticos: para acabar de trazar el cuadro general de la población, no puedo menos de recordar el efecto que me causó la conclusion del carnaval.

Parecía que las nubes, interesadas en darle novedad, se habian puesto de acuerdo para esperar á los momentos últimos de su verdadera existencia, y hacer su terminación mucho mas cómica de lo que hubiera sido sin su cooperacion.

Si á vista de pájaro se hubiera podido contemplar á todo Madrid reunido en el paseo, correr en opuestas direcciones, confundirse y arremolinarse al caer las primeras gotas de una lluvia benéfica; si se hubieran podido abarcar con una sola mirada las diversas é infinitas escenas que pasaron á un mismo tiempo; si se hubieran podido escuchar todas las frases que dejaban escapar los que corrían, los que procuraban guarecerse del agua, los que habian prestado trajes, los que llevaban sus mejores atavíos, los que se complacían en ver al Prado convertido en un nuevo campo de Agramante, los que tropezaban y caían, los que caían — sin tropezar — en la tentación de hacerse dueños de lo ajeno; todos en fin, unos riendo, otros rabiando, todos alborotando; si todo esto se hubiera podido ver y oír á un mismo tiempo, confesad que jamás con mayor oportunidad destaparon las nubes sus cataratas, confesad que no puede darse despues de las bromas de aquí abajo, un bromazo mas gracioso que el de allá arriba.

Después de este espectáculo todo tenia que ser incoloro, y con efecto, el entierro de la *Sardina* no ha sido este año tan animado como los anteriores.

Esta fiesta tradicional pierde todos sus atractivos, y llegará día en que la sardina no se entierre... mas que en los estómagos, pero no en la pradera del Canal, sino en las lujosas fondas que cada día se aumentan en la Coronada Villa.

Terminado el carnaval, la sociedad volvió á entrar en caja.

¿Qué es lo que el carnaval nos ha enseñado? Ya lo dije al principio; que la sociedad no adelanta, que no se mueve; pero esto es una ventaja para el cronista que tiene la misión de daros todos los meses un retrato fotográfico de su veleidosa contemporánea.

Os he prometido hablaros de los bailes aristocráticos, y con deciros que han recibido en sus palacios los duques de Medinaceli, de Fernán-Núñez, el marqués de la Regalía y muchos plenipotenciarios, habria cumplido mi palabra, porque nada interesante, á no ser la belleza de las damas, hubo en estos elegantes sa-raos; pero no puedo prescindir del baile de trajes de la embajada francesa, el mas brillante de los que han tenido lugar en Madrid desde hace muchos años.

Desde las diez de la noche, hora en que se abrieron los salones brillantemente iluminados, hasta despues de las cinco y media de la madrugada, en que terminó el segundo *cotillon*, ni un momento dejaron de estar poblados de mujeres jóvenes, bellas, riquísimamente ataviadas y vestidas con el mas exquisito gusto.

Madame Barrot, la dueña de la casa, vestía de María Antonieta. Los trajes de las demás señoras eran todos primorosos.

La condesa de Superunda vestía de Ana de Austria; la señora de Lasala de Diana de Poitiers; la señora doña Fernanda Gaviria de Saavedra de *dame de trépe*; la princesa de Anglona de dama de la corte de Luis XVI; la duquesa de Fernandina de cazadora; las señoritas de Concha una de cazadora y otra de antigua del tiempo de Luis XV; las señoritas de Preston una de húsar de Hungría y otra de dama del tiempo de Luis XV; la marquesa de Aranda de marquesa de Llano; la marquesa de Heredia de húngara; la marquesa de Caicedo de murciana; las señoritas de Zavala una de aldeana del Pirineo y otra de dama del tiempo de Luis XV; las señori-

tas de Brunetti una de Matilde de las Cruzadas y otra de diablo; la señora de Gándara de cazadora; las señoritas de Aguilera una de ramilletera del tiempo de Luis XV y otra de reina de naipes; la señora de Castro de señora antigua y la señorita de gallega, y la condesa de Fuenrubia de Noche.

La cena que se sirvió á los convidados fué espléndida. Ya que he hablado de cenas, no puedo menos de recordar un episodio acaecido en uno de los bailes públicos.

La anécdota es chistosa y merece citarse.

Vive en Madrid un matrimonio como hay muchos: *ella* muy celosa y *él* muy distraído. El, para distraerse se fué á un baile de máscaras sin la real licencia de su mitad, y esta para vengarse resolvió darle un mal rato. Fuese pues al mismo baile con el mayor sigilo, acompañada de dos amigas cómplices de su venganza. Apenas *él* (que así le llamaremos para no decir su nombre) divisó á *ella*, se acercó, encontrando en aquella mujer una gracia y atractivos que si su mujer los tuviera, pensaba *él*, sería el mejor marido de la tierra. *El* se hizo de almibar, *ella* de azúcar: *él* prodigó requiebros, *ella* miradas; *él* dijo, propongo, y *ella* admitió; *él* juró que era soltero, *ella* aseguró que era viuda; *él* puso el brazo y *ella* se colgó de *él*; por fin ambos se arreglaron.

De pronto ¡ay mis guantes! exclama una acompañante; y *él* compró unos guantes. ¡Ay qué flores! exclaman las tres damas al ver una ramilletera, y tres ramos de flores pasan á las manos de las tres tapadas. — Ustedes querrán cenar, dice *él*; — con mucho gusto, responde *ella*; y *él*, *ella* y ellas se sientan á una mesa. *El* al llegar al baile llevaba, merced al mal estado de su hacienda ó de su cabeza, la no muy crecida suma de ocho duros, ya desmembrada con los guantes y las flores. ¡Oh terribles acentos! las damas piden champagne, burdeos, salmon, pavo trufado, la lista entera y qué sé yo cuántas cosas que no había en la lista. *El* suda; ellas, sin quitarse la careta, comen, devoran, piden. ¿Qué hace un hombre en tal apuro? lo que hizo, levantarse con un pretexto y pedir á algunos amigos, de los que recogió un cortísimo refuerzo.

Vuelve, y vuelven ellas á pedir, probando sólo un bocado de algunos platos. Llegó el terrible momento; — mozo, ¿cuánto es? — Diez y seis duros. — Diez y seis mil diablos no le hubieran hecho más daño que aquel hombre. — Ya lo pagaré. — No señor, ahora mismo. — Pero hombre.... — No hay hombre que valga. — No traigo bastante. — Pues tráigalo Vd. — Crecen los gritos, el mozo chilla, la gente se agolpa y *él* se muere de vergüenza. Entonces *ella* saca un bolsillo y paga delante de todo el mundo, y *él* paga con su vergüenza su infidelidad. — ¿Quién eres, máscara, preguntó *él*, para pagarte lo que te debo? — Ya me lo has pagado, responde *ella*, y dirigiéndose á un pasillo y quitándose la careta, le dijo: — Soltero, mira quién es tu viuda.

El consternado, cayó á sus piés; y es muy posible que á estas horas se hayan reconciliado.

Pero ya los rumores de las máscaras han concluido, en Madrid se han cerrado los salones, á los grandes banquetes ha sucedido la abstinencia, y á las fiestas profanas las solemnidades religiosas.

Estamos en plena cuarema.

La sociedad descansa recogida: en su seno unos lloran pensando en su pasado, otros viven tranquilos acariciando sus recuerdos.

La humanidad siempre es la misma.

La religion es una madre cariñosa que enjuga las lágrimas de sus hijos.

En España aun conservamos por fortuna esa transición del placer agitado á la tranquilidad, á la meditación.

En las aldeas mas retiradas, en las provincias, se da al tiempo lo suyo, y las familias reunidas en el hogar doméstico, cumplen con los deberes religiosos con esa fe cristiana que han engendrado en nuestro corazón nuestras madres, y que nosotros transmitimos á nuestros hijos.

Pero Madrid es otra cosa: aquí hay dos poblaciones. La una vive escondida, conserva nuestras tradiciones, practica nuestras antiguas costumbres.

La otra es cosmopolita, viaja, conoce las costumbres de otros países y se acomoda á las que mas le agradan.

Aquella en sus extremos es fanática, esta despreocupada, aunque en el buen sentido de la palabra; pero la primera da colorido á nuestra nación, la diferencia de otras, la caracteriza; y la segunda la confunde con las demás, contribuyendo á formar esa flotante sociedad europea, hija de los ferro-carriles, del telégrafo eléctrico y de la moda de las casas de baños.

La vida de las dos es muy distinta.

La primera permanece alejada; la segunda se encuentra en todas partes: aquella busca un día por semana los paseos solitarios; esta aprovecha las tardes apacibles para lucir en la Fuente Castellana y en el Prado sus carruajes, sus adornos y sus trajes riquísimos.

Y esta es la que ha cambiado completamente el aspecto de Madrid, pero no tanto que le asemeje al de Paris y al de otras poblaciones extranjeras.

Aquí cesan los bailes, pero continúan los conciertos particulares, las reuniones; no hay funciones teatrales los viernes, pero en cambio los demás días de la semana están abiertos los coliseos; se nota algun recogimiento, pero las distracciones no se acaban.

Hé aquí porqué la crónica puede vivir, y porqué á pesar de hallarnos en cuarema, puedo hablaros de los teatros, como voy á hacerlo, para teneros al corriente del movimiento teatral del mes actual.

Antes de todo, y recordándoos la noticia que os di en

mi anterior revista relativa á la celebracion en el teatro del Principe del aniversario del nacimiento de Calderon, quiero hacerlos conocer el siguiente cuento que leyó Teodora Lamadrid antes de dar principio á la representacion de la comedia *Bien vengas mal si vienes solo*, aplicada á las circunstancias con gran oportunidad por el señor Hartzenbusch.

Hélo aquí :

La nobleza proverbial
Del público matritense
Perdon á un yerro dispense,
Hijo de afecto leal.
Exigé *Bien vengas mal*,
Extremada perfeccion :
Si endeble la ejecucion
No correspondé al intento,
Recordad, pues viene á cuento
Este del gran Calderon :

«Un ciego en Burgos habia,
Rematado en su ceguera,
Que ni un elefante viera
Con sol claro á medio dia.
Vino entre niebla sombría
La noche de Navidad,
Y rebosando piedad,
A misa de Nacimiento,
Salió con hacha de viento
El ciego por la ciudad.

Llegóse y le preguntó
Un estudiante sopista :
«¿Qué ves con luz y sin vista?»
Y el ciego le respondió :
«La luz no aprovecho yo,
Los que andan la calle sí;
Y principiando por tí,
Ningun torpé me atropella;
Porque sin ver yo con ella,
Con ella me ven á mí.»

Si ciego artístico amor
Nos infundé aliento vano,
Calderon va en nuestra mano
Vertiendo su resplandor.
A quien merecé mejor
El escénico laurel,
Humilde tributo fiel
Rendimos á ejemplo de otros :
No tropedéis en nosotros
Por no tropezar con él.

Confesad que es precioso, y que tanto el cuento como sus comentarios, son dignos de la fama de sus autores.

Antes de pasar adelante, debo deciros que el teatro español ha perdido á uno de sus mas distinguidos autores, el señor don Antonio Gil y Zárate.

Este conocido poeta nació en el real sitio del Escorial en noviembre de 1793. Se educó en Madrid y París. En 1811 volvió á España y se dedicó con ardor al estudio de las ciencias exactas; pero desgracias particulares le obligaron á abandonarlas y dedicarse á la literatura, haciendo ya desde 1815 á 1820 varias traducciones que obtuvieron buen éxito en los teatros.

Habiéndole llevado en 1823 los acontecimientos políticos á Cádiz, único punto donde encontraron abrigo los hombres liberales, escribió allí las conocidas comedias *el Entremetido*, *Cuidado con las novias*, *Un año despues de la boda* y *Don Pedro de Portugal*; esta traducción, en verso y acogida con entusiasmo.

En 1835 escribió las tragedias *Don Rodrigo* y *Blanca de Borbon*; pero habiendo invadido un nuevo gusto la escena, el señor Gil y Zárate quiso probar que todos los géneros le eran fáciles, y dió al teatro su celebrada obra *Carlos II el Hechizado*.

Mas adelante escribió la *Rosmunda*, obra tambien muy aplaudida; y posteriormente, en 1840 dió á luz sucesivamente los dramas *Don Alvaro de Luna*, *Masaniello*, *Matilde*, *Guzman el Bueno*, *la Familia Flakland*, *Guillermo Tell* y *el Gran capitán*, y las comedias *Cecilia la ciegucecita*, *Un monarca y su privado*, *Don Trifon*, *Todo por el dinero*, y *Un amigo en candelerero*. En esta época, ó sea á fin de 1843, concluyó verdaderamente la vida literaria del señor Gil y Zárate, y empezaron sus tareas administrativas.

La prensa y las conversaciones se han ocupado durante todo el mes de su muerte, porque segun se ha dicho, el sacerdote que le confesó, le obligó á que se retractara de haber escrito su célebre drama *Carlos II el Hechizado*, donde tan mal se trata al clero.

Cada cual ha referido este suceso á su manera. Hé aquí la version auténtica.

Media hora despues de haber recibido los santos sacramentos, el señor Gil y Zárate dirigió á su hermano don Isidoro Gil refiriéndose á su confesor las siguientes palabras:

— Este buen señor, como la mayor parte de los de su clase, tiene algunas cosas buenas y otras muchas malas. Ahí me ha venido con una exigencia... una retractacion del *Carlos II*.

— ¿Y qué le has contestado? preguntó al señor Gil y Zárate su hermano.

— Que se entienda sobre ese punto con mi yerno, el cual queda encargado de todos mis papeles, y entre ellos se halla el juicio crítico que he hecho de mis obras, donde dejó consignado lo que acerca del *Carlos II*, como de todas las demás, pienso en el dia... Pero de eso á una retractacion...

Nada habia vuelto á saber la familia de la retractacion, cuando poco despues de haber salido el difunto de la casa, el confesor manifestó que no tardarian en leer los parientes una cosa que no les daria gusto.

Desde aquel momento se comprendió por los parientes del difunto que debia haberse firmado el papel que el 21 se negaba á autorizar el señor Gil y Zárate, y en su consecuencia se hicieron gestiones prudentes para que no se publicara una retractacion que habia sido hecha absolutamente sin conocimiento de la familia.

El vicario de Madrid y el mismo nuncio de S. S. hicieron gestiones en aquel sentido, pero el confesor no contestó á ellas, las desatendió, y publicó en *la Esperanza* la retractacion en que se dice «que el señor Gil y Zárate habia encargado á una persona que escribiese dicha retractacion,» que despues de firmada por él seria entregada á su confesor; pero existiendo á juicio de los parientes, vehementes sospechas de que la firma de la retractacion fué arrancada al ilustre finado cuando estaba en la agonía, han demandado al sacerdote, y los tribunales entienden ya en este tristísimo negocio.

El puesto que ocupaba en la Academia española, lo heredará el poeta García Gutiérrez, recientemente laureado, como os anuncié en mi revista del mes pasado.

Los teatros en el presente han ofrecido alguna animacion.

Arjona ha abandonado el teatro de Variedades para trasladarse al de Novedades.

Sus compañeros, admirándole en su papel de *la Aldea de San Lorenzo*, que ha sido su triunfo de la presente temporada, le han regalado una magnífica corona de plata.

A beneficio del actor don Victoriano Tamayo se ha puesto en escena una comedia arreglada del francés con el título de los *Molinos de viento*. La comedia es de costumbres políticas de actualidad, y el público presencia embelesado y risueño este cuadro de nuestras modernas ridiculeces, viendo en una esposa que se desvive por añadir algun título al apellido humilde, pero honrado, de su esposo, retratada una de las mas perniciosas enfermedades de nuestra época, como es la empleomanía. El diálogo corre con gran libertad y desembarazo en esta comedia, y el público aplaude con justicia el copioso caudal de chistes de buena ley que brota de los labios de sus personajes.

En el teatro del Principe se han representado *la Peor niña*.... que no ha gustado al público, *la Escuela de la murmuracion*, arreglada del inglés, *Los lazos del vicio*, drama original del señor Pinedo, y la pieza *Por un pañuelo*.

La Escuela de la murmuracion es una exacta y acabada pintura de un vicio social: el poeta inglés ha pintado un gran lienzo en el que se ofrece con toda verdad el crimen que persigue, y lo presenta en la variedad inmensa de formas con que vive la difamacion en las sociedades modernas. Todas las caretas que ajustan á su faz los difamadores, todos los medios de que se sirven para conseguir sus infames proyectos, se ofrecen á la vista del espectador en el gran cuadro del escritor inglés, y los caracteres van poco á poco revelándose, destacándose de la masa comun por una sucesion de escenas que los expresan y realizan.

El drama *Los lazos del vicio* ha valido á su autor muchos y merecidos aplausos.

Un jóven que pasa en Madrid los primeros años de su juventud entregado á los placeres, viviendo con el escándalo y en dulce consorcio con los vicios, cansado de aquella existencia, rompe con ella y pasa á Filipinas; donde con aplicacion y constancia consigue formar un crecido caudal con el que da vuelta á la península, donde le habia precedido su protector acompañado de su hija, niña candorosa, que respondia con pasion al amor verdadero y digno que la profesaba el antiguo libertino.

Llega á Madrid, y al anuncio de su llegada acuden en tropel sus antiguos compañeros de escándalo y de orgía, renacen antiguos amores que quieren reivindicar su corazon, y aquella turba de calaveras, y aquellos amores deshacen sus planes de morigeracion y virtud, y están á punto de destruir los castillos de paz y ventura que ha formado ante la contemplacion de su amada, hasta que ella le salva y él conoce todos los extravíos de su pasada vida.

Es tan fácil olvidarse de un pañuelo, que no extrañarán mis lectores que no les diga nada de la pieza representada con este título. No merece la pena de ocupar ni dos líneas.

El Teatro Francés ha abierto ya sus puertas.

En la Zarzuela (Jovellanos) se ha estrenado *Un hongo*.

En el Circo se han puesto en escena durante el mes actual las zarzuelas: *Un castillo maldito*, *El primer vuelo de un pollo*; y se preparan *Llamada y tropa*, *Ardides y cuchilladas*, *la Sortija de la princesa*, y *Zilma*.

La Ramirez, á quien ya conocen los cubanos, hace las delicias del público.

Para dar fin á mis noticias teatrales, os diré que Osorio ha estrenado en Valencia un drama improvisado en algunas horas por Eguilaz con el título de *Los crepusculos*, y que la censura ha prohibido dos obras: el *Ticiano*, drama de autor desconocido, y *la Primera piedra*, drama del popular poeta Luis Mariano de Larra.

Pasando del teatro á los libros, os anunciaré los que se han publicado en el corriente mes, y os citaré las

obras que por su mérito son dignas de fijar la atencion.

En mi anterior revista prometí hablaros de dos libros, de *El romancero de la guerra de Africa*, del señor don Eduardo Bustillos, y de la *Soledad*, del jóven poeta don Augusto Ferran: del primero me ocuparé en mi próximo artículo.

El nuevo libro que titulándose la *Soledad* ha recogido todos los dolores y las alegrías del pueblo, de ese continuo trovador que canta cuando rie y canta cuando llora, esa coleccion de cantares rudos si se quiere, sin las galas convencionales de la literatura, pero impregnados de ese sentimiento, de esa melancolía, de esa tristeza consoladora, nos ha revelado á un poeta, á un verdadero poeta que ha bebido su inspiracion en el eterno manantial de la poesía, que ha pedido palabras á los que las pronuncian con el corazon, que ha logrado dar á sus cantares esa belleza que nos hace recordar con felicidad las noches de luna de Andalucía; los tristes sonidos de la guitarra, las escenas del pueblo, que si es cuando se enfurece un torbellino devastador, cuando ama ó cuando llora, lora y ama con toda su alma.

El pueblo es la inspiracion eterna. Cuando faltan héroes á quien ensalzar, catástrofes que describir, siempre ofrece el pueblo un espectáculo que conmueve, que renueva la poesía, como la primavera la lozanía de los árboles.

Los que como Trueba y el autor del libro de que me ocupé empiezan por ser confidentes del pueblo para expresar sus sentimientos, pueden estar seguros de conseguir el fin que se proponen y de llenar en la tierra una mision tan civilizadora como envidiable.

Este libro alcanzará gran éxito, y sobre todo llegará á ser muy popular, porque el pueblo es el mas agradecido de todos los públicos.

Para que mis lectores puedan formarse una idea de su mérito, voy á concluir este artículo citando algunos de los cantares que hacen de la *Soledad*, una compañera de las mas cariñosas y agradables.

Dice el poeta :

Los que la cuentan por años,
Dicen que la vida es corta :
A mí me parece larga
Porque la cuento por horas.

Esta estrofa es un poema: ella sola revela toda una existencia de amarguras.

Como sarcasmo deben citarse las siguientes :

Eres muy niña y ya clavas
En tu pañuelo alfileres,
Ya dejan ver desde niñas
Su inclinacion las mujeres.

Los elementos son cuatro,
Agua y aire, tierra y fuego,
Y en otro mundo sin nombre
Hay otros cuatro elementos.
En él el agua són lágrimas,
El aire vanos deseos,
El fuego continuas luchas,
La tierra remordimientos.

Todos los sentimientos, todas las pasiones, lo sublime y lo ridículo, el jay! y la carcajada irónica, la alegría y la tristeza, todo está expresado, todo se encuentra en la *Soledad*. Esta obra de un alma que ha luchado y ha descansado, que espera y duda, que canta y llora, es en una palabra, la verdadera poesía.

Algunos criticarán los versos; los que tal hagan, buscarán la belleza del cuerpo donde solo debe buscarse la belleza del alma.

Frontaura ha publicado un libro muy notable, una coleccion de cuadros de costumbres con el título general de *Memorias de un señor mayor*; una profesora muy distinguida, doña Casimira Sierra, ha dado á luz una obra titulada *Influencia de la educacion doméstica*, de gran utilidad para la juventud; don Torcuato Tarrago un folleto con el título de *el Pontificado, su pasado, su presente y su porvenir*; don Juan Manuel Diana *la Historia crítico-filosófica de la guerra de Africa*; y se anuncian como próximas á ver la luz, *la Edad media*, publicacion ilustrada; *Estudios críticos sobre la filosofía del siglo XIX*, por don Francisco de Paula Canalejas; y una *Coleccion de poesias de los trovadores franceses que han hablado de las cosas de Cataluña y de los trovadores catalanes*, por don Manuel Milá.

La Academia española de arqueología ha celebrado el 24º aniversario de su fundacion; en cuya sesion, el señor don Basilio Sebastian Castellanos, director facultativo de la misma, pronunció un notable y erudito discurso que versó «sobre los monumentos y las bellas artes, consideradas arqueológicamente, con relacion á los acontecimientos políticos de los siglos XIII, XIV y XV de nuestra era.»

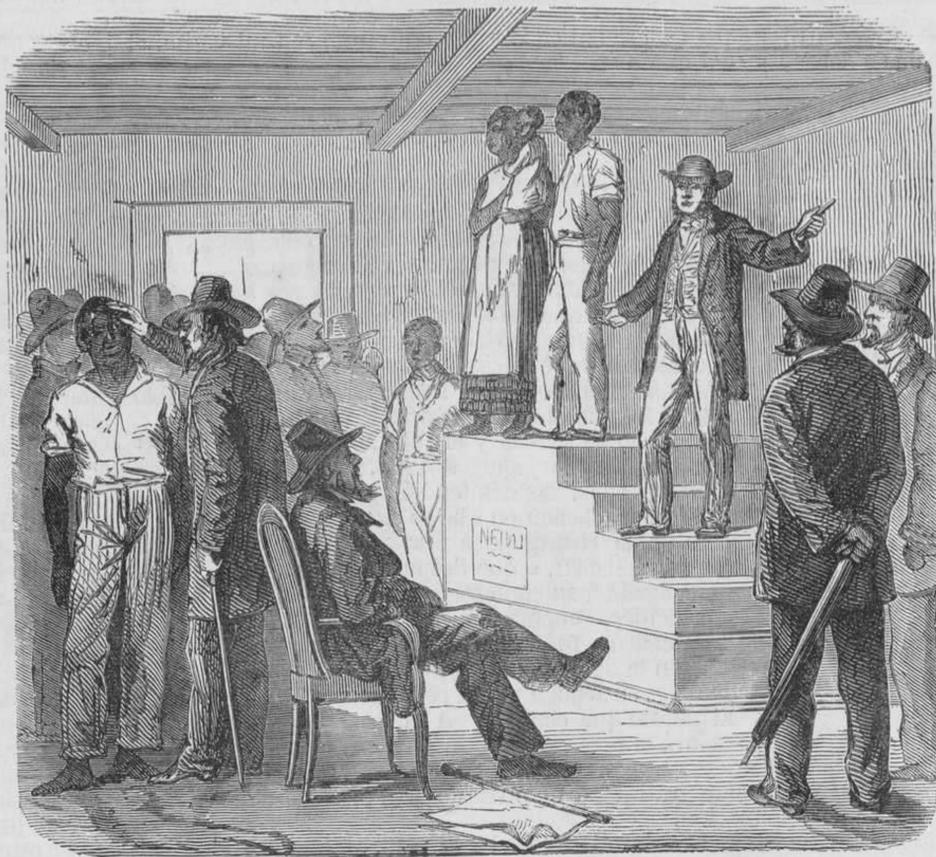
El Museo de ciencias naturales va á enriquecerse con nuevos y preciosos ejemplares zoológicos que ha enviado el capitán general de la isla de Cuba; en el Museo de pinturas se han introducido algunas reformas; se ha colocado en un buen sitio el magnífico *carton* de Galiano, que representa «el combate entre griegos y troyanos, disputándose el cuerpo de Patroclo.» La Venus y la Danae, de Ticiano, que estaban arrinconadas, han vuelto al salon de descanso. La infinidad de bustos y bajo-re-

lieves que existían en uno de los sótanos del Museo, y las estatuas hacinadas en otro de los patios, han recibido mas digna colocacion.

Por último, se ha hecho un ensayo en Madrid de la locomotora destinada á emplearse en los caminos ordinarios, y el éxito ha sido felicísimo. Todo esto, la creacion próxima de grandes docks, las nuevas obras literarias y científicas que se anuncian, y el movimiento que se nota en la poblacion, son síntomas de una prosperidad que hace falta, y hablan en favor de nuestra córte, que no quiere quedarse atrás.

Para concluir mi crónica de hoy, os hablaré de una obra de arte que ha llamado la atencion en Madrid.

Un jóven escultor ha construido y enviado al general Prim el busto de este ilustre caudillo, ejecutado en sal de las minas de Cataluña. El busto es de una sal opaca cristalina, de un color acaramelado; y muy parecido; su trabajo delicado y bien acabado. El zócalo, ó base sobre que descansa, tiene al frente un bajo-relieve de sal blanca que figura la batalla de los Castillejos; á los lados dos medallones de sal cristalina: el de la derecha con fondo negro y orlado de siemprevivas, dice: *A los que sucumbieron en Africa, Dios los haya perdonado.* Y en el de la izquierda, con fondo encarnado y con corona de hojas [de roble,



VENTA DE ESCLAVOS EN EL SUR DE LOS ESTADOS UNIDOS.

se lee: *Al ejército vencedor en Africa.* En los ángulos se levantan cuatro grupos de trofeos propios de las armas de infantería, caballería, artillería é ingenieros.

Uno de nuestros amigos decia al ver este busto dias pasados, recordando la gracia del general Prim:

— ¡Vaya un rostro con sal!

Como era un elogio á la apostura del valiente caudillo, repito la frase que ha hecho fortuna en el círculo de los amigos del general; y con esto y saludándoos hasta el próximo mes, se despide de vosotros vuestro cronista.

JUAN DE MADRID.

28 de febrero 1861.

Escenas de la Carolina del Sur.

Charleston 5 de febrero.

A estas líneas acompañan tres dibujos que se relacionan mas ó menos con los acontecimientos que agitan á estas horas á nuestro pobre país. Washington parecia haber previsto estos sucesos en su lecho de muerte, cuando en su testamento libertaba á todos sus esclavos, pareciendo indicar así que esta cuestion de la esclavitud produciria trastornos en lo su-



LAS MILICIAS DE CHARLESTON.

cesivo. No se engañaba; el tiempo de los trastornos ha llegado.

El primero de mis dibujos representa una venta de esclavos; esta ceremonia es la misma en todas partes. Se fijan algunos carteles en las calles, se ponen algunos anuncios en los periódicos, y luego el día de la venta el encantador enarbola á la puerta de su office la bandera encarnada. A la hora prefijada se expone la mercancía; el vendedor hace su elogio, y entonces acuden los compradores que examinan detenidamente al negro ó á la negra. — El precio de un negro varia de 50 á 3,000 dollars.

La poblacion de color se ha aumentado mucho en los Estados del Sur en los últimos diez años. En 1850 ascendia á unos 3.500,000 personas, de cuyo número eran esclavos 3.200,000; en 1860 se elevaba á 4.500,000, lo que constituye un aumento de un millon de almas. Si esto continúa en la misma proporcion ¿á dónde llegará la cifra dentro de un siglo? Mi segundo dibujo reproduce



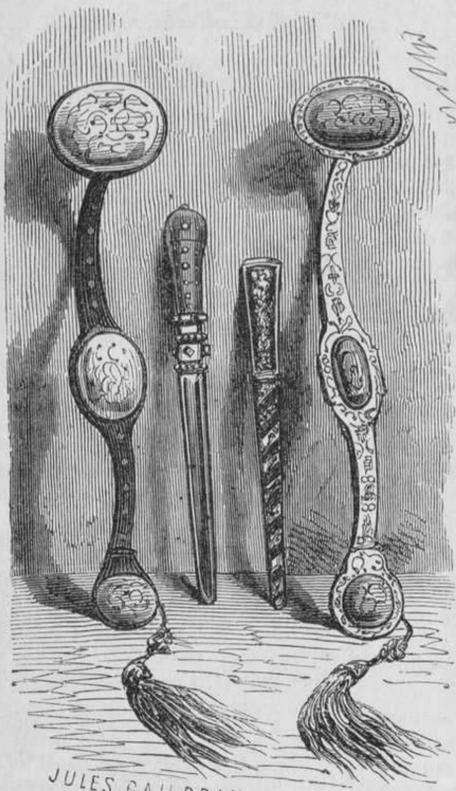
INVASION DE UN MEETING ABOLICIONISTA EN EL MICHIGAN.

una escena que he presenciado. Los abolicionistas se habian reunido en una casa campestre poco distante de Chicago; pero lo supieron los contrarios de la vecindad y corrieron á deshacer la reunion. Se arrojaron piedras á las ventanas, se derribaron las puertas, y fué expulsado el meeting con pocos miramientos.

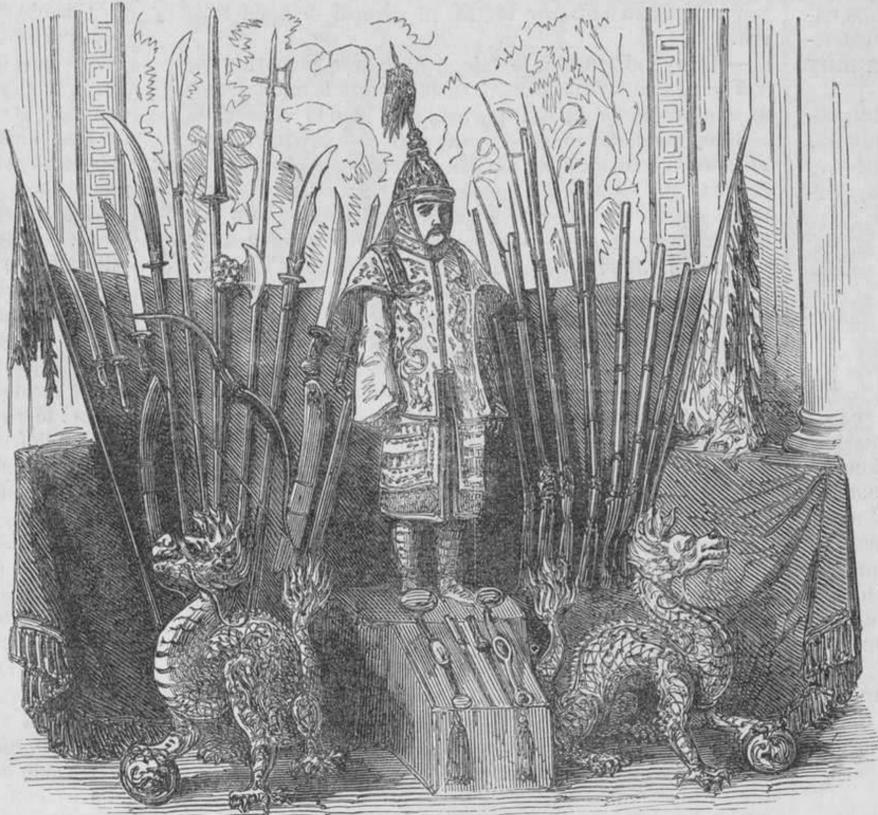
La causa abolicionista que acaba de alcanzar un triunfo en la eleccion presidencial de 1860, no es de fecha remota, pues apareció en 1835, cuando un impresor de Boston, William Garrison, fundó su periódico en favor de la causa titulado *el Liberator*.

Quince años despues esta cuestion agitaba ya á toda la América para triunfar por fin en 1860, á costa de un gran trastorno interior, y quizá de una guerra civil.

Los voluntarios de Charleston, representados en el otro dibujo, están copiados del natural. Los uniformes son exactos, y presentan una variedad suma. Lo mismo sucede en cada ciudad de los Estados Unidos, y esto consiste en



BASTONES DE MANDO Y PUÑAL.



TROFEO DE OBJETOS CHINOS.



CANDELABRO Y JARRON de cobre cincelado y esmaltado.

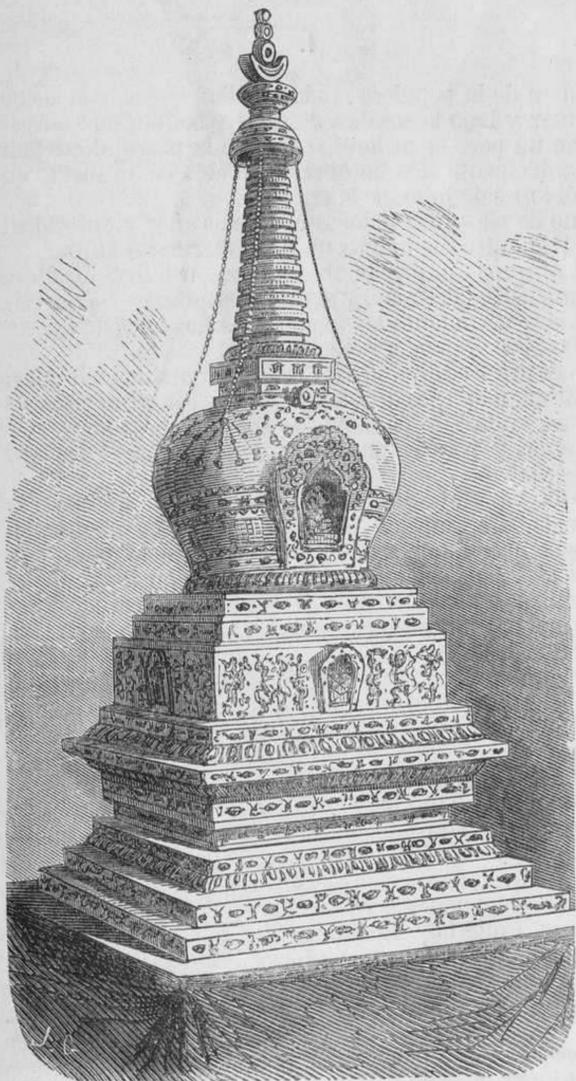
que la milicia se halla dividida en cierto modo por nacionalidades, en las cuales viene á ingresar cada individuo segun su origen. Así el francés lleva el uniforme del soldado de línea de la Francia con el nombre de *Lafayette's Guards*; el alemán va de húngaro ó de granadero prusiano; el escocés de highlander, etc. El efecto que produce es sumamente pintoresco. W. G.

Objetos preciosos de la China.

Los que han sido encontrados en el palacio de verano de Pekin y enviados á SS. MM. II. por el ejército fran-

otros, algunos de los cuales tienen listones de oro y otros de acero; pero el mas rico de estos vestidos que hace de sobretodo, es de magnífica seda de color amarillo imperial con preciosísimos bordados de todos los colores; las botonaduras de oro y pedrerías realzan la riqueza de este traje, que completa un casco de oro y acero cuya forma es casi semejante á la de una tiara. Este casco, á pesar de sus imperfecciones, es de gran mérito por los ornamentos y bellas perlas que lo decoran: es muy sólido, aunque de poco peso.

Muy cerca de este maniquí se hallan los dos cetros ó bastones de mando encontrados en el palacio de verano. Su longitud es de 40 centímetros, son de oro y su forma



PAGODA DE COBRE LABRADO.



TRAJE DE GUERRA DE EMPERADOR CHINO.



JARRON CHINO.



PERFUMADOR.

ces de China se hallan expuestos en el piso bajo del pabellon Marsan, en el palacio de las Tullerías. Entre todas estas curiosidades, llaman especialmente la atención unos gigantescos jarrones de esmalte con colores los mas variados, y una magnífica pagoda de bronce dorado y cincelado, de un trabajo exquisito. Estos objetos, así como varias divinidades de oro y esmalte cuyas fisonomías no son menos extrañas que sus actitudes, formaban parte de un templo.

Un maniquí colocado sobre un tablado está cubierto con un espléndido traje de emperador de la China; este traje consiste en varios vestidos colocados unos sobre

curva; están adornados en sus dos extremidades y en medio con pedazos de jade, verdes en uno y blancos en otro. Esta disposición, aunque bastante rara, no carece de cierta elegancia, sobre todo á causa de la perfeccion del trabajo y de la belleza y grandor de las piedras de jade.

Los aficionados á la bella fundición admiran dos enormes quimeras de cobre dorado de una sola pieza y que lo menos pesan 300 kilogramos.

En presencia de los contornos de estos monstruos, las personas que conocen el arte de fundidor se preguntan cómo ha podido obtenerse este resultado.

Sobre los estantes están colocadas admirables porcelanas, copas y otros objetos de jade. En los mismos estantes se admiran transparentes de sorprendentes dimensiones, y otros muchos objetos preciosos que sería muy largo describir.

No por eso dejaremos de mencionar la bellísima colección de antiguas armaduras y manoplas procedentes del gabinete del príncipe Soltikoff, entre las cuales es notable sobre todo una armadura ataujiada de oro, perfectamente acabada.

Revista de Paris.

Se advierte este año en los salones de Paris una recrudescencia inusitada en punto á bailes: comidas, conciertos, representaciones dramáticas, todo concluye en rigodones y mazurecas. En los últimos años las reuniones íntimas tenían un encanto particular para muchas personas; hoy todo el mundo las abandona, y nadie frecuenta con gusto mas que las reuniones de gran tono. Si es un progreso, se ha cumplido y en proporciones extraordinarias. La cuaresma, como hemos dicho ya en otra ocasión, poco ó nada importa. En este siglo llamado de la inteligencia y de las luces, cada cual encuentra modo de acallar sus escrúpulos de conciencia á fin de satisfacer las imperiosas necesidades mundanas. Antiguamente apenas había tiempo para asistir á las conferencias de los predicadores famosos; hoy se acude á la catedral, al bosque de Boulogne, al teatro y al baile en el mismo día y la misma noche.

Esto tiene su explicación. En otras épocas al llegar las Pascuas la sociedad aristocrática de Paris abandonaba la capital hasta Todos Santos, porque así lo quería la moda de entonces; actualmente se vuelve del campo despues de Año nuevo, de lo que resulta que se principia á pensar en bailar cuando ya está muy próxima la cuaresma. De aquí la serie de continuadas diversiones á que asistimos en este tiempo.

Además, se debe decir tambien que hay un verdadero furor entre los parisienses por estas fiestas del gran mundo, que á la verdad son de un acceso fácil, pues con tal de llenar sus salones, toda señora que da un baile no suele reparar mucho en la elección de los convidados. Por lo regular, los amigos y conocidos de la casa tienen permiso para presentar á otras personas, estas se toman igual licencia para presentar á otras, y viene á suceder que se está en una reunión particular como se podría estar en una función pública, entre gente en su mayor parte desconocida. Esto ocasiona lances tan singulares como el que vamos á referir á nuestros lectores.

Entre las señoras mas aficionadas á soirées se cuenta una jóven y linda viuda á quien su marido dejó al morir una gran fortuna, cuyos honores sabe hacer de un modo espléndido por su lujo en el vestir y su opulencia en las exterioridades de la vida.

No hay para qué añadir que muchos admiradores aspiran á la sucesión del esposo difunto, esto se concibe: lo que si diremos es que entre todos sus cortesanos, el que hasta el dia parece tener mayores probabilidades de buen éxito, es un cierto vizconde, que aunque no se halla en la primera juventud, posee una distinción notabilísima, con una amabilidad y graciosa solicitud que le granjean todas las simpatías.

El pretendiente que acompaña siempre á la viuda por todas partes, se hallaba noches pasadas en uno de los principales salones de Paris, donde antes de bailar se ejecutaba por aficionados una linda comedia de Scribe.

El que hacia de galán era un jóven de hermosa presencia y acentuada fisonomía, que ejecutó su papel de enamorado con un ardor y naturalidad que le valieron un aplauso unánime.

La viuda fué de las mas entusiastas en celebrar su talento. — Vizconde, dijo á su acompañante, ¿no sabe Vd. quién es ese jóven?

— No, es la primera vez que le he visto.
— Yo tambien, y me extraña: ¿cómo no le hemos hallado en alguna otra parte? Quizá es algun personaje recién llegado á Paris. Tenga Vd. la bondad de informarse, pues deseo adquirir noticias circunstanciadas sobre ese actor que me ha interesado tanto.

— ¿Cómo! ¿Me da Vd. á mí un encargo como ese?
— Y exijo que le desempeñe Vd. con mucha prontitud.
— ¡Señora!

— Y aun no es todo. Ya sabe Vd. que mañana doy un baile, y quiero que ese jóven venga á él. Convidele Vd. de parte mia y preséntemele Vd.

— ¿Habla Vd. con formalidad?
— Vizconde, no admito réplica.
— Corriente: obedeceré, exclamó el vizconde inclinándose y suspirando.

Entrevia un rival, y como todos los que están enamorados de corazón, se alarmaba á la menor cosa.

Al otro dia por la mañana el vizconde se presentó muy contento en casa de la viuda.

— El encargo está hecho, la dijo.
— ¡Ah! ¿Con que ha visto Vd. al jóven?
— Sí, señora, le he visto.
— ¿Y vendrá á mi baile?
— No; vendrá antes de que empiece.
— ¿Qué quiere Vd. decir?
— Que vendrá á peinar á Vd.
— ¿A peinar á mí? No comprendo la broma.
— No es broma: el personaje en cuestion no es otra cosa que un aprendiz de peluquero.

La viuda no lo quería creer, pero hubo de rendirse á la evidencia cuando se presentó el jóven armado de tenacillas y de peines.

El entusiasmo se fué como había venido. Visto de cerca y por la mañana el héroe teatral la pareció de mala traza y feo.

— Estoy indispueta, le dijo, y no quiero peinarme hoy. Y al mismo tiempo llamó á su doncella y la mandó que diese una propina al jóven, que este recibió muy satisfecho.

Si hemos dicho que los parisienses se entregan con ardor durante la semana á las funciones mundanas, justo es decir tambien que en ninguna época del año se muestran tampoco mas solícitos en socorrer á los pobres. Toda señora que da reuniones en su casa y que por consiguiente tiene un gran círculo de amigos, posee á las mil maravillas el arte de ponerlos á contribucion en favor de los menesterosos, que nunca como en la estación de invierno necesitan limosnas. Este impuesto obligatorio suele dar margen á escenas características.

La señora de un alto funcionario público, que es una protectora muy activa de diferentes obras de beneficencia, recibía en la última semana la visita de un amigo suyo, jóven de gran fortuna, y de los concurrentes mas asiduos á sus reuniones.

— A tiempo llega Vd., le dijo la dama con mucha alegría; esta tarde voy á hacer una entrega de fondos al cura de mi parroquia, y Vd. todavía no ha contribuido con su cuota.

El jóven se registró los bolsillos; pero ¡oh fatalidad! había salido de su casa sin un cuarto.

La señora lanzó una exclamación de sorpresa y descontento. A pesar de su caridad cristiana, tuvo la debilidad de pensar que su amigo se negaba á contribuir con la ofrenda que ella le pedía.

— Lo siento mucho, exclamó el jóven; mi ayuda de cámara se ha olvidado de mi bolsillo. Sin embargo, no es justo que pierdan nada los pobres; y ya que no me es posible dar dinero sobre la marcha, la daré un vestido. Tengo mi paletó en el coche y mandaré al lacayo que le suba.

— Eso no, repuso la señora sonriendo; el paletó le debe hacer falta á Vd.; hoy hace frio. Puede Vd. enviarme su ofrenda cuando llegue á su casa.

— ¡Ay! amiga mia, lo podría olvidar; ya sabe Vd. que padezco frecuentes distracciones. En cuanto á hacerme falta, no lo tema Vd.; no necesito ponérmele.

— En fin, puesto que Vd. se empeña, acepto; bajaré mi criado á tomarle.

— Muy bien.
— Y muchísimas gracias, amigo mio.
— No las merezco.

El jóven se despidió y su amiga se decía:
— ¡Dios mio! ¡Yo que contaba con un donativo considerable!... Es un avaro que se figura haber cumplido regalando alguna prenda usada de un valor nulo.

El criado presentó el paletó, haciendo observar á su señora por encargo del dueño, que registrara los bolsillos, en uno de los cuales se encontraba una carterita con cinco mil francos en billetes.

Los pobres en efecto no habían perdido nada. La sociedad aristocrática ha sufrido una pérdida irreparable con la muerte del conde Castellane acaecida hace pocos dias en Marsella.

El conde Castellane ha figurado mucho en Paris, y mas de una vez hemos tenido ocasion de citar las brillantes reuniones que daba en su palacio del barrio de Saint-Honoré, en donde existe el mas soberbio teatro de sociedad que puede imaginarse.

Hombre aficionado cual ninguno á las bellas artes, reunía en su casa á las principales notabilidades de Paris, en medio de la concurrencia mas aristocrática. Todo el mundo le conocía, y él había tratado á todo el mundo. Así es que tenía en la memoria una colección de anécdotas, de memorias secretas y de aventuras que podrían hacer la fortuna del libro en que se recopilaban todas ellas.

Hé aquí una relativa á su persona, que extractamos ligeramente de los apuntes biográficos publicados en los periódicos de la semana.

La condesa de N... ha muerto apenas hace seis meses, á los cuarenta años de edad y en todo el brillo de su hermosura.

Esta señora había sido hace algun tiempo una de las reinas de la moda. Sus salones estaban frecuentados por todo lo principal de Paris, y nunca faltaba en ellos el conde Castellane.

En 1852 el conde de N... murió, y la condesa cerró su palacio, le vendió, y se fué á vivir retirada en una casa de los Campos Eliseos, donde apenas veía á las personas de amistad mas íntima.

Hé aquí lo que le había sucedido á la condesa en 1842. Tenía á la sazón veinte y cuatro años y su marido se hallaba en Inglaterra, porque era muy aficionado á las carreras de caballos y nunca perdía las de Epsom.

De Londres escribió á su señora pidiéndola que bajara de tiempo en tiempo á sus caballerizas y echase una ojeada á sus potros favoritos.

La condesa cumplió el encargo con mucho gusto, como cosa que la había suplicado su marido.

Todas las mañanas antes de almorzar iba á la cuadra, y hasta que no habían limpiado y echado el pienso á los caballos no volvía á sus habitaciones.

Uno de los palafreneros del conde era un jóven de veinte y cinco años, buen mozo, de maneras distinguidas y de semblante agradable. El hombre conocía sus ventajas y se hallaba muy pagado de su persona.

A los pocos dias que vió bajar á la condesa con su ligero traje matutino, se imaginó que le había llamado la atención, y su felicidad le llevó hasta el punto de intentar un acto culpable.

Una mañana cuando la condesa se hallaba en su cuarto todavía, aprovechando un instante en que los criados estaban lejos, apareció á su vista y la hizo una declaración amorosa. La condesa respondió con tal indignación, que el misera-

ble se quedó aterrado y hubo de retirarse precipitadamente.

Cuando salió, la jóven cayó con un desmayo que duró mas de una hora. Al volver en sí, se vistió, corrió á casa de M. de Castellane que era íntimo amigo de su esposo, le contó el lance, y le expuso el apuro en que se encontraba. No arrojar de su casa al atrevido, era hacerle creer que estaba perdonado; y despedirle era un asunto delicado, porque el conde le consideraba como el mejor de sus palafreneros, y además, celoso como era, si llegaba á saber el caso, podía recurrir á las últimas extremidades.

M. de Castellane llevó á la condesa á ver al prefecto de policía, quien enterado de lo ocurrido, la dijo:

— No tenga Vd. cuidado; yo la sacaré á Vd. del apuro. Efectivamente, aquella misma mañana dos agentes ponían preso al culpable y le llevaban á presencia del prefecto.

— Miserable, esta mañana te has introducido en el cuarto de la condesa con intencion de robarla para asesinarla despues: te voy á entregar á la justicia.

El palafrenero por mas que protestó no fué oído. Sin embargo, el prefecto consintió al fin en no mandarle á la cárcel si él se comprometía á marcharse inmediatamente á Argelia y con el mayor sigilo.

Así lo hizo, y aquel mismo dia salió para ingresar en un regimiento de spahis.

Todos los años el 30 de mayo, dia en que tuvo lugar esta aventura, la condesa que no había vuelto á saber de semejante hombre, recibía un ramillete de calendulas y de escabiosas, con una ramita de acebo. Trece años la llegaron estas tristes flores sin poder adivinar su procedencia.

Por fin, en octubre de 1853 la condesa recibió de Crimea un envío misterioso, una rama de acebo partida y un papel manchado de sangre, cuyo contenido era el siguiente:

«No tengo yo la culpa si la expiación es tan tardía. Muchos años hace que busco la muerte para libertarme de mis remordimientos... ¡Al fin ha llegado!»

No había firma. En la cartera donde venia el billete había una libreta de criado, un despacho de capitán y una cruz de Honor rota por la bala que había castigado al culpable, que seguía tan enamorado como arrepentido.

El valor de este hombre había facilitado sus ascensos: pero es de advertir que estos no habrían sido tan rápidos sin la influencia de M. de Castellane, que guiado por un sentimiento de una delicadeza infinita, había querido que llegase á ser un mariscal de Francia.

MARIANO URRABIETA.

Antonio Badia y Leblich.

(ALY-BEY.)

I.

Fuera de la populosa ciudad de Barcelona, á la orilla del mar y bajo la sombra de unos arbolillos que refrescaban un poco el ardoroso suelo de la playa, departían amigablemente dos hombres sentados en el suelo, un dia del mes de julio de 1792.

Uno de ellos mas indolente, de mas años y autoridad, revolvía entre sus manos un libro escrito en árabe.

El otro mas impresionable y vivo, miraba con fijeza la inmensidad del mar, y seguía atentamente con la vista y el pensamiento las menores oscilaciones de un pequeño barco que á la sazón salía del puerto.

— Es preciso, dijo, cruzar esas regiones desconocidas, y avasallando á los africanos con los conocimientos de nuestra culta Europa, robarles sus inmensos tesoros de recuerdos y poesía, que ávidamente ocultan á los ojos de los viajeros.

— Es Vd. muy jóven todavía para emprender esa atrevida peregrinación, contestó el otro tristemente: yo la deseo hace muchos años, Badia; yo me la pinto con todos los bellos colores que su imaginación la dibuja, y sin embargo contengo mis pensamientos, para aguardar una ocasión propicia que el gobierno no dejará de presentarnos.

— Pero no considerais, mi buen amigo Clemente, que este pensamiento es mi vida; á los catorce años es imposible pensar con madurez, y sin embargo yo siento instintivamente que este pensamiento es mi gloria, y que no me será arrancado sino con la vida.

— Tan solo siento haber contribuido á exaltar los pensamientos de Vd. iniciándole en la lengua que ahora estudiamos, y que es un espejo vivo del Oriente.

— No; mi imaginación se exaltó mucho antes de vuestras sabias lecciones: pero si ellas tuvieron alguna parte en la idea que hoy me atormenta, deje Vd. que le tribute las mas cordialísimas gracias, ya que ha herido la fibra mas sensible de mi alma y ha señalado á mi nombre un camino seguro para la inmortalidad.

— Y yo al notar su determinación, no puedo menos de hacerle comprender que ese es tambien mi pensamiento mas querido. Africa nos oculta sus rios, sus bosques, sus volcanes, sus plantas, sus animales, todo lo grande de su naturaleza. Yo quiero robar á esa misteriosa creación sus encantos mas secretos, y dar á mi cara España un cuadro cierto de sus riquezas, para cuando llegue el dia en que las pueda y quiera aprovechar.

— Dadme la mano en señal de perpétua union, dijo Badia con fuego, estrechando con fuerza la de su maestro y amigo. Redactemos un proyecto para el gobierno, y con la ayuda de Vd. dentro de seis años (que serán seis siglos para mi corazón) atravesaremos ese mar azul, en busca de otras tierras que respondan mejor á nuestro pensamiento.

— Entre tanto es preciso estudiar mucho: sacrifica-

— ¿Tanto hace ya?

— Y lo que falta, repuso Ursula; que cuento acabar mis días; ¿y tú?

John reflexionó un instante.

— Sí, yo también quisiera, pero no sé hasta qué punto haremos bien en quedarnos aquí.

— No volveremos a hablar de eso, dijo Ursula con aire pensativo. Creía que estábamos todos en que nuestro Longfield era más agradable que Beechwood a pesar de sus esplendores; pero John piensa que nunca puede hacer bastante por Enderly.

— Además tengo otras razones, querida mía. ¡Ay! Phineas, añadió con tristeza y levantando sus ojos al sol en el ocaso, á veces me digo que mi vida es demasiado fácil, que no soy un buen administrador de las riquezas que tan pronto se han multiplicado para mí. A cincuenta años, un hombre que ha sido tan dichoso en sus empresas como lo he sido yo, debería haber hecho algo de verdadera utilidad para el mundo, y tengo ya cuarenta y cinco. Hubo un tiempo en que prometía cumplir grandes cosas cuando llegara á la edad de cuarenta y cinco años; pero de una manera ú otra, este deseo se ha desvanecido.

Su mujer y yo guardamos silencio. Entrambos conocíamos la verdad. Por tranquila que hubiese sido la existencia de John en los últimos doce años, sabíamos bien que esas nobles aspiraciones que hacen la gloria y el encanto de la vida, como el deber hace su fuerza, que esa activa energía y esa noble ambición que por lo regular acuden al hombre en la edad proveya no se habían apagado en él, sino que se habían adormecido bajo las flores que cubrían el sepulcro de una niña en Enderly. A ninguna voz humana le tocaba despertarla.

Ignoro si ese estado moral era conforme á la razón, pero no podría yo decir que era contrario á la naturaleza; pues en aquel corazón que amaba como pocos corazones saben amar, que se acordaba como se acuerdan pocos corazones, una herida tan honda no podía cicatrizarse completamente.

En mi amigo se había operado un cambio desde la muerte de su hija. Habíase dicho que una parte de la vida del padre descansaba sepultada con su hija Muriel.

— Olvidas, John, le dijo tiernamente Ursula, todo lo que has hecho y todo lo que te propones hacer todavía... las mejoras que has introducido en Enderly, la parte que has tomado en la emancipación católica, en la reforma parlamentaria... en fin, no hay proyecto filantrópico á que no prestes ayuda.

— Gracias al bolsillo; eso es muy fácil, amiga mía.

— No quiero que te critiques así; preguntásele á Phineas, el Salomón de la casa.

— Gracias, Ursula, repuse yo riéndome de la broma.

— Vamos, decidme con franqueza, ¿habría podido hacer algo mejor en estos últimos años que vigilar su fábrica y educar á sus tres hijos?

— Hacerlos educar, repuso John que sabía cuán incompletos eran sus conocimientos, tan penosamente adquiridos.

Pero este sentimiento había avivado en él el deseo de no descuidar nada para procurar á sus hijos todas las ventajas de una buena educación, aunque sin separarse de ellos, pues sobre este punto no transigía.

Por lo demás, habría sido difícil hallar tres jóvenes más instruidos y mejor educados que ellos.

— John, pienso que Guy ha concluido por renunciar á la idea que tenía de ir á la universidad de Cambridge con Ralph Oldtower.

— Sí, repuso el padre con aire pensativo; la vida universitaria no sería buena para Guy.

— ¡Silencio! No hablemos más, aquí llegan los niños.

Esta calificación de niños era una expresión figurada; pues nada se asemejaba menos á los niños que aquellos dos jóvenes que en la oscuridad parecían casi tan corpulentos como su padre.

— ¿Dónde está vuestra hermana, hijos míos?

— Madelina se ha detenido con Edwin á la orilla del río, respondió Guy cuyo corazón había permanecido fiel á los recuerdos de la infancia, y para quien la niña pequeña, tan mimada y querida entre nosotros, era siempre la *niña Madelina*. Aquella de que hablaban los jóvenes en voz baja durante las veladas de invierno, cuando mugía el viento y la nieve cubría los campos, sola aquella era *la hermana*.

Madelina, ó miss Halifax, como la habían llamado desde un principio, llegó por fin del brazo de Edwin, de quien era la favorita.

El parecido que tanto habíamos deseado encontrar en ella cuando aun estaba en la cuna, se había borrado poco á poco, y salvo el cutis y el color del pelo, nada se asemejaba menos á nuestra Muriel que aquella niña despierta y alegre, la criatura mimada de la familia.

— Guy, ¿qué has hecho hoy todo el día? dijo Ursula echando hacia atrás el cabello del joven y tratando de no mostrarse demasiado orgullosa por la hermosura de su hijo.

— He hecho el caballero amable, madre mía.

— ¡Oh! En cuanto á eso es verdad, repuso Walter, que profesaba una gran admiración por su hermano mayor; ha hablado largamente con lady Oldtower, y ha cantado con miss Oldtower y miss Grazia. Guy no tiene igual en el mundo.

— ¡Qué locura! dijo la madre.

Pero Guy se echó á reír, pues se hallaba demasiado acostumbrado á aquella admiración de familia para que pudiera cortarse con ninguna lisonja.

— ¿Cuándo vuelve Ralph á Cambridge? preguntó Ursula.

— Nunca; se marcha á Grecia. Padre mio, ¿sabeis que

todo el mundo, hasta lord Byron, se va con los griegos? Yo también quisiera ir.

— No lo quiera Dios, murmuró la madre.

— ¿Y porqué? Yo habría hecho un buen soldado, y eso me gustaría más que nada.

— ¿Mas que ser mi brazo derecho en la fábrica y en casa el de tu madre? Tú, nuestro hijo primogénito, nuestro consuelo, nuestra esperanza... no lo creo.

— Teneis razón, padre mio, murmuró Guy un tanto confuso.

Lo que John acababa de decir correspondía menos á lo que era Guy en realidad, que á lo que nosotros deseábamos que fuera. Sin duda era un joven de carácter amable y generoso; pero no se podía contar con él como con el grave Edwin, que era ya todo un hombre de negocios, y que repartía su tiempo con una perseverancia incansable entre la fábrica de Enderly y otra menos vasta que ocupaba en Norton-Bury el puesto del antiguo molino.

Guy se puso meditabundo. Los ojos perspicaces de su madre descubrieron muy luego su tristeza, y no tardó en decir que era hora de entrar en casa.

Un momento después nos hallábamos todos en la sala. Ursula se sentó delante de la mesita donde dos grandes candeleros de plata esparcían una suave claridad sobre el canastillo de su labor que nunca estaba vacío, y sobre sus ágiles dedos que jamás estaban parados.

Su marido se puso junto á ella: fiel á sus antiguas costumbres le gustaba siempre tenerla á su lado, aunque ya principiaba á concederse el goce de leer su diario en un sillón. Leía en alta voz, interrumpiéndose de tiempo en tiempo para conversar un instante; otras veces guardaba silencio y seguía todos los movimientos de Ursula, con unos ojos que aun sabían encontrar hermosa á la compañera de su vida.

Los jóvenes se habían dispersado por el aposento. Guy y Walter hablaban cerca de la ventana; Edwin, de codos en la mesa se hallaba entregado á su lectura. Tenía una de las manos entre sus cabellos, y dejaba ver su frente grave, donde Madelina decía que principiaban á asomar ya algunas arrugas. En cuanto á la joven, iba y venía en todos sentidos interrumpiendo á todo el mundo, y sin hacer absolutamente nada de provecho.

— Madelina, exclamó al fin su padre, temo que des mucho tormento á Phineas.

Esta trató de atenuar el hecho; pero el caso es que la señorita era seguramente la que hacía menos caso de la enseñanza. Hacía mucho tiempo que se habría sustraído á la autoridad de su madre en lo concerniente á las lecciones, y á decir verdad, ni una ni otra habían perdido mucho; pues si por una parte la influencia materna no tenía precio bajo el punto de vista moral, por otra no habría sido difícil hallar mejores profesores que Ursula.

Así pues, la educación de los niños me estaba confiada; otros maestros me secundaban cuando era necesario, pero hacía algún tiempo que comenzábamos á preguntarnos si no convendría entregar á una buena institutriz el cuidado de completar la educación de Madelina.

— Querida mía, dijo John, en tanto que yo esperaba hoy en la banca de Jessop...

(¡Ah! Este era otro cambio al que no nos podíamos acostumbrar; nuestro buen doctor y su mujer habían muerto, y su hermano que había heredado su casa de Norton-Bury, había transformado el antiguo comedor en una oficina de banca abierta de las diez á las cuatro).

— En tanto que yo esperaba en la banca, he oído hablar de una mujer, que según me ha parecido, haría una buena institutriz para Madelina.

— ¿De veras? preguntó Ursula con poco entusiasmo. También Madelina quiso saber cómo era aquella señora, y yo lo pregunté igualmente.

— A la verdad, no me he informado de quién es, respondió John sonriendo; pero M. Jessop me ha dicho que ha dado lecciones en Norton-Bury no sé á quién ni á cómo, para sostener á una madre enferma. Estoy seguro, Ursula, de que consentirás en confiarla la educación de Madelina.

— ¿Es inglesa? preguntó Mrs. Halifax, muy recelosa contra las institutrices, después que cierta dama francesa había turbado durante algunos meses la paz de la familia Oldtower. ¿Vivirá con nosotros?

— Sí por cierto.

— Entonces es imposible.

— ¿Porqué?

— Porque no hay lugar para ella. No podemos dar habitación á nadie en Longfield.

— Pero... quizá tendremos que dejar Longfield.

— ¡Dejar Longfield! repitió Ursula; sí, seguramente... Mas fijando la vista en su marido, hubo de reprimir al punto su impaciencia.

John parecía estar muy pensativo.

— Dejemos esa cuestión, al menos por esta noche, amigo mio; veo que te preocupa mucho; mañana tendremos tiempo de tratarla.

Pero esto no entraba en los hábitos de John; pues era del corto número de esas personas, que una vez que han resuelto una cosa, no la dejan jamás para mañana. Su mujer vió claramente que deseaba hablar, y le escuchó muy atenta.

— Sí, repuso, mucho me preocupa esta cuestión. Ahora que nuestros hijos son hombres y que nuestra renta se dobla y aun se triplica de año en año, debemos extender el círculo de nuestra influencia, ó bien limitarla para siempre á nuestro pequeño Longfield. ¿Cuál de estos dos partidos es el mejor, querida mía?

— El último, el último, pues es sin duda alguna el más agradable.

— Temo por el contrario que no tengamos que renunciar á él justamente por eso.

John hablaba con mucha suavidad; tenía una de sus manos apoyada en el hombro de su mujer, y la miraba con aquella expresión que le era particular cuando se veía en la necesidad de decirle cosas penosas. No he visto nunca esa expresión más que en el rostro de mi amigo, y aquella noche sobre todo la tenía muy marcada cuando hizo comprender á su mujer la necesidad de abandonar el apacible retiro que le era tan caro.

— ¡Dejar Longfield! repitió con un suspiro.

— ¡Dejar Longfield! exclamaron á su vez los niños con mas curiosidad que sentimiento.

Edwin alzó del libro sus ojos vivos y penetrantes y al punto los bajó; por lo general hablaba poco, pues no era de una naturaleza muy demostrativa.

— Hijos míos, exclamó el padre, venid aquí y hablemos de todo eso.

Los jóvenes se acercaron formando corro. Todos ellos experimentaban hacia su padre un respeto exento de toda violencia, pues siempre le habían tenido por guía, por amigo y compañero. Le respetaban y le amaban, no quizá de la misma manera que á su madre, pues diríase que la naturaleza ha querido á veces que la influencia de la madre sea más poderosa sobre los hijos, en tanto que la del padre lo es más también sobre las hijas; pero de todas maneras, un extraño no habría podido ver aquellos rostros tan serios y atentos, tan diferentes entre sí, aunque existiese entre todos una semejanza de familia, sin notar el respeto y vivo afecto que aquellos jóvenes tenían á su padre.

— Sí, repuso John; temo que después de haberlo reflexionado bien y previa la opinión de vuestra madre, temo, repito, hijos míos, que no nos veamos obligados á salir de Longfield.

— Yo también lo temo, dijo Madelina sentada en su banquillo.

Todos nos echamos á reír al oír á la niña que daba con tanta gravedad su parecer. Ni Ursula resistió á la risa; pero luego recogiendo su labor y tomando un aire más tranquilo, acercó su silla á la de su esposo, tomó una de sus manos entre las suyas, y se apoyó tiernamente sobre su hombro.

— Hoy he vuelto á Beechwood-Hall, continuó John; ¿os acordáis de Beechwood?

— Sí.

Era la casa grande de Enderly situada en la vertiente de la colina más abajo de la casa de las Rosas. El bosquecillo formaba parte de su parque, y el honrado James Tod, encargado de guardar los jardines, había venido de allí muchas veces con los bolsillos llenos de peras para los muchachos, y las manos cargadas de flores para Muriel.

— Beechwood está deshabitado hace muchos años, padre mio; ¿creéis que sería una buena adquisición?

— Creo que sí, Edwin, respondió el padre sonriendo.

¿Qué os parece, hijos míos? ¿Querriais vivir allí?

Cada cual hizo entonces sus comentarios.

Guy habló con entusiasmo de la caza y de la pesca, y Madelina principió á contar las visitas que tendrían en Beechwood-Hall.

— Vuestro padre tiene mejores razones que esas, dijo Ursula con cierta sequedad; pero John quizá más indulgente que ella para las flaquezas de los jóvenes, respondió:

— Voy á explicaros mis razones, hijos míos. Cuando yo era joven y mucho tiempo antes de conocer á vuestra madre, deseaba ardientemente adquirir influencia en el mundo, y riquezas también si era posible, pero sobre todo influencia. Parecíame que sabría hacer de ellas mejor uso que la mayor parte de los ricos, pues los que comprenden la pobreza son los que mejor saben socorrer á los pobres. No ignoráis que cuando Phineas me encontró por la primera vez me hallaba yo...

— Padre mio, dijo Guy poniéndose encarnado, podríamos pasar por alto esas cosas. Ahora somos personas respetables.

— Y lo hemos sido siempre, hijo mio.

Esta reconvencción suave y benévola penetró el corazón del joven, que bajó los ojos sonrojándose de nuevo, aunque era bajo el influjo de un sentimiento muy distinto.

— Lo sé, repuso; continuad, padre mio.

— Veinte años de trabajo, prosiguió John, me han dado la posición que deseaba obtener. Haciendo valer mis derechos podría figurar al lado de hombres que han salido hace poco del pueblo, tales como Canning, Huskisson, Peel, etc.

— ¿Os gustaría entrar en el Parlamento? Sir Herberto me lo preguntaba hoy, y me decía que podríais llegar á todas las posiciones si os consagrárais enteramente á la política.

— No, hijo mio. La sabiduría como la caridad nace en el hogar doméstico. Debo aprender á gobernar mi pequeño valle antes de tratar de dirigir el Estado; y esto nos trae al *pro* y al *contra* á propósito de Beechwood.

— John, explicate de una vez delante de los niños.

Sus razones eran: primeramente el interés de los hijos; pero John no era uno de esos filántropos que quieren hacer bien á todo el mundo excepto á los suyos y á su propia familia. Comprendía que cuanto más se eleva un hombre, más se ensancha su esfera de utilidad y de actividad; deseaba pues no solo elevarse él, sino asegurar á sus hijos los medios de elevarse más tarde, según se lo permitieran las circunstancias y sus propios talentos.

(Se continuará.)

Monseñor Sacconi,

NUNCIO APOSTOLICO EN PARIS.

Monseñor Sacconi ha sido durante diez años nuncio de la Santa Sede en Paris. Es un hombre de carácter suave y amable, y que habia sabido conquistar la amistad de sus colegas del cuerpo diplomático y la estimación general. Hace algunos meses salió de Paris manifestando la intención de ir á pasar dos meses de licencia en Roma. Hoy se dice que monseñor Sacconi no volverá á continuar sus funciones de nuncio cerca de la corte de Tullerías.

Un baile en Belgrado.

El 8 de enero último los oficiales de guarnición en Belgrado dieron en el palacio de la Corona un gran baile en honor de sus AA. SS. el príncipe y la princesa de Serbia. Segun una correspondencia de la referida ciudad de fecha 15 del mismo mes, nunca las cercanías del palacio habian estado tan animadas, y nunca aquella hermosa residencia habia reunido semejante muchedumbre de hermosas señoras resplandecientes de diamantes y de flores, ni tanta variedad de trajes y bellezas. Los vestidos de volantes, los encajes y las guirnaldas rivalizaban con los corpiños ricamente bordados, los chales azules ó blancos y los tocados guarnecidos de oro y de perlas del traje nacional.

Desde las siete de la noche la orquesta militar de la guardia tocaba los aires mas variados, y los bailes nacionales y europeos se sucedian con una alegría sin igual. Mas de ochocientos convidados circulaban por los salones. Nada mas bello que aquella multitud en la que se distinguían jóvenes oficiales, cuya afabilidad y hermosa presen-

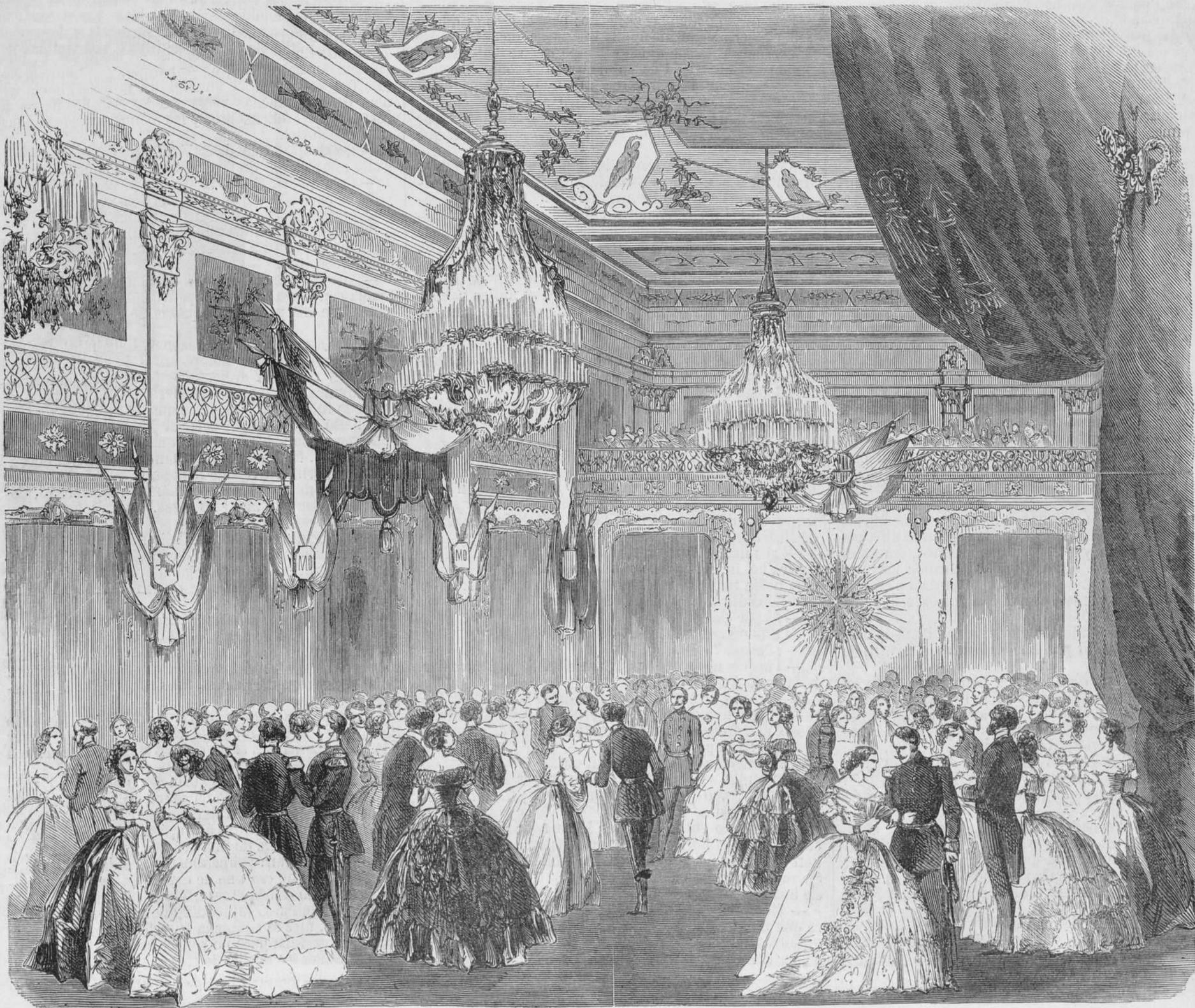


MONSEÑOR SACCONI, NUNCIO APOSTOLICO EN PARIS.

cia se granjeaban todas las simpatías; nada mas encantador que el aspecto de la sala inundada de oro y de luz, donde se elevaban toda clase de armas en forma de trofeos, de estrellas que resplandecian con las mil luces de las arañas, de festones y guirnaldas, con banderas y rosetones, donde se entrelazaban las cifras del príncipe y la princesa, y con escudos donde brillaban las armas de Serbia, de Croacia, de Ragusa, de Bulgaria, de Bosnia y de la Erzegovina. A cada lado de la entrada del salon un grupo de lanzas, que se alzaban como un ramillete, mezclaban los vivos colores de sus banderolas. En el fondo se distinguía el trono adornado con un hermoso retrato del príncipe, por encima del cual anchas banderas se escapaban con gracia de una corona que tenia las armas nacionales; á la izquierda se veía el retrato de la princesa rodeado de ricos cortinajes, y con un almohadon carmesi con franjas de oro, en el que descansaba una corona. No hablaremos mas de la decoración militar, así como tampoco de los abundantes refrescos, ni de la distinción que se observó en la fiesta.

A las ocho hicieron su entrada SS. AA. SS. el príncipe con el uniforme de coronel de infantería, y la princesa con vestido de color de rosa, mantilla blanca de encaje, y la frente ceñida con una aureola blanca y rosada. Sus Altezas prolongaron su visita, y no se retiraron hasta las doce de la noche en medio de los gritos repetidos de ¡viva el príncipe! y ¡viva la princesa! En las cuatro horas que allí permanecieron, SS. AA. SS. demostraron una viva satisfacción, y la princesa se dignó recorrer el salon de baile, acordando á los convidados palabras benévolas. Entre los cónsules solo asistían á la fiesta los cónsules de Inglaterra y de Austria.

I. M.



BAILE OFRECIDO POR LOS OFICIALES DE GUARNICION EN BELGRADO Á SS AA. SS. EL PRINCIPE Y LA PRINCESA DE SERBIA.

Don José de Madrazo.

Publicamos aquí el retrato de un artista célebre de nuestro país, don José de Madrazo, arrebatado hace un año á los numerosos amigos que le habian granjeado su talento de pintor de historia, su profunda erudicion en materias artísticas, y sus prendas personales. Don José de Madrazo ha hecho á la España dos grandes servicios; la restauracion de los estudios artísticos que á principios del siglo actual se hallaban en el mas deplorable abandono, y la formacion, á que contribuyó en gran parte, del real Museo de Madrid, que es uno de los mas preciosos de Europa, y á cuya cabeza estuvo de director durante muchos años. Su casa era un punto de reunion de todos los hombres ilustrados de Madrid, de los verdaderos amigos de las artes. Esta casa era además todo un museo y una biblioteca, quizá única en España en cuanto á artes. El señor Madrazo poseia incontestablemente una de las mas ricas colecciones de cuadros de los principales maestros españoles, italianos y flamencos, de estampas curiosas y de libros concernientes á la historia y la teoría de las artes, que haya poseído nunca un particular. Solamente su coleccion de dibujos originales, entre los que se cuentan muchos de Rafael, es un tesoro. Segun escriben de Madrid, la hermosa galeria de cuadros del señor Madrazo, así como su coleccion de estampas y su biblioteca se van á poner en venta, lo que será una buena ocasion para los aficionados. Los cuadros que figuran en el catálogo publicado ya en Madrid ascienden á 696; y una tercera parte de ellos pueden figurar con honor en un museo, pues están firmados por los hombres mas célebres de todas las escuelas.



RETRATO DEL PINTOR ESPAÑOL DON JOSÉ DE MADRAZO.

La fiesta de san José en Paris.

Los maestros carpinteros de Paris celebran todos los años, el 19 de marzo, la fiesta de su patron san José. En

la mañana de ese dia se reunen en la taberna de la *Madre de los maestros*, que tiene por rótulo los *Dragones de la reina Blanca*, á la entrada del patio del Dragon, en el barrio de San German. Encima de la puerta del establecimiento, una obrita de carpintería indica que allí reside el centro de la sociedad. Mas de trescientos maestros llegan á la taberna con su palo en la mano, adornado el ojal de la levita con la cinta de los tres colores rojo, blanco y verde, con franjas de oro, compases y otros emblemas; hay algunos que llevan el adorno en los pendientes.

A la entrada se halla expuesta á la admiracion de la muchedumbre la obra maestra de la sociedad. Este pequeño monumento de unos 4 metros de altura, representa el templo de Salomon, de donde sale su sociedad, segun ellos, con dos órdenes de columnas, escaleras, mosaicos y toda la riqueza que se puede reproducir en un templo de madera. Arriba se destaca una aguja donde se hallan reunidas las principales dificultades que presenta el arte del carpintero. Todo ello está coronado con un pequeño genio de oro.

A las doce ocho mozos robustos levantan el monumento, y el cortejo se pone en marcha, precedido de una banda de música de la línea y de la *Madre*, dando el brazo al primer maestro; los obreros llevan una cesta con bollos para las señoras. Detrás del monumento van las mujeres con sus maridos, los cuales marcan el paso con sus palos guarnecidos de acero.

El cortejo se dirige hácia San Sulpicio para oír misa, y concluido el servicio religioso, se traslada el monumento á la sala del banquete. Un baile sucede á la comida, y solo en-

ran en él los convidados que vienen á ser 2,500. El frac negro domina en la asamblea. Las damas, todas en traje de baile, rivalizan en elegancia y despliegan un lujo inaudito de flores y de cintas. Los vestidos de al-



CELEBRACION DE LA FIESTA DE SAN JOSÉ POR LOS CARPINTEROS DE PARIS. — SALIDA DEL CORTEJO CON DIRECCION Á SAN SULPICIO.

gunas de ellas hacen palidecer los vivos colores de los adornos que llevan los carpinteros; otras, por el contrario, las más jóvenes, llevan un sencillo vestido blanco. El baile, sumamente animado, se prolonga hasta el amanecer, y luego cada cual se vuelve a su domicilio, y las galas se guardan cuidadosamente hasta el 19 de marzo próximo.

G. J.

Medalla de la expedición de China.

El gobierno imperial queriendo perpetuar el recuerdo de las victorias alcanzadas en la China, acaba de decretar la creación de una medalla, que como puede verse



MEDALLA DE LA EXPEDICION DE CHINA.

en nuestro dibujo, es exactamente igual a la medalla de Italia. En cuanto a la cinta, es amarilla y tiene dos letras chinas bordadas de azul que significan: Pekin.

Esta medalla ha sido grabada como las precedentes, por M. Alberto Barré.

LOS AVENTUREROS.

(Continuacion.)

— A precio de una restitucion... Todo lo que poseeis es nuestro despojo.

— General, este seria un proceso muy dudoso...

— Ante los tribunales, tal vez... pero no ante el mundo.

— Si esa es vuestra opinion... la mia...

— Perdonad, vizconde, si os digo redondamente que vuestra opinion nos importa poco. Mi mision no es discutir sino amenazar. Si rehusais aceptar esta base indispensable de nuestra negociacion, esta misma noche la marquesa sabrá el nombre del infame malvado...

— ¿Lo creará?

— Esta noche tambien una Memoria redactada de antemano por el rey del foro francés recibirá los nombres propios que están ahora en blanco, y se presentará hoy mismo en la secretaria del tribunal de apelacion... Decididos.

— ¿Me prometeis que mis primas de Boistrudan ignorarán la existencia de esta acta? preguntó Enrique.

— No hay inconveniente, dijo O'Brien, puesto que estamos seguros de que no os casareis con Elena...

— Supongo que no me privareis de mi dote, concluyó de decir Enrique, pues es una cosa legal.

O'Brien le halló demasiado resignado, y temia un lazo.

— No tengo necesidad de deciros, repuso el general con severidad, que es menester obrar de buena fe... Tengo buena vista.

— El notario es vuestro, replicó Enrique sonriendo, ¿qué podeis temer?

— ¿Aceptais?

— No me queda otro recurso.

— Cedéis por testamento todos vuestros bienes muebles é inmuebles...

— Al conde Alberto de Rosen, convenido.

El anciano O'Brien fijaba en él sus ojos llenos de desconfianza y de sorpresa.

El vizconde no dejaba en tanto de sonreír.

— Señor vizconde, dijo el general, en obsequio vuestro deseo que no obreis con doblez, porque en este caso no hallaríais en nosotros compasion... En cuanto al nombre del legatario universal, podeis elegirlo vos... Rosen no quiere recobrar su fortuna para sí... Disponed de ella en favor suyo ó de miss Talbot, es igual.

Enrique reflexionó algunos instantes.

— La fortuna era del conde Alberto de Rosen, por consiguiente quiero volvérsela a él.

O'Brien se levantó y fué a llamar al notario, M. Lemesle, quien redactó acto continuo un testamento en debida forma. Concluido, el notario lo leyó en voz alta é inteligible.

— ¿Teneis que hacer alguna objecion? preguntó el general.

— Ninguna, replicó Enrique.

— Entonces, firmad.

— Con mucho gusto.

Enrique cogió la pluma y firmó con mano segura.

El general se llevó en seguida al notario al alfeizar de una ventana.

— Juraría que este hombre me engaña, dijo O'Brien. M. Lemesle saludó.

— ¿Qué valor tiene un testamento como este?

— Es tan poderoso como la ley... pero...

— ¿Queda ligado el vizconde?

— Mil perdones, aun no he concluido... iba a añadir que dentro de media hora el vizconde puede tener otro testamento que anule este en todas sus partes.

El anciano O'Brien dió un brinco que casi se fué a parar a la chimenea, y cogiendo en seguida el papel sellado lo hizo mil pedazos.

— ¿Qué haceis? preguntó Enrique recostándose a su vez en una poltrona.

— M. Lemesle, M. Lemesle, gritó el general, ¿no se puede hacer un acta que sea imposible invalidar después?

— Si, señor; se pueden hacer muchas, y entre otras os citaré una donacion entre vivos.

El general dirigió a Enrique una mirada interrogante.

— ¿Supongo, dijo este, que no exigireis que me despoje de mis bienes en vida?

— El señor vizconde no quiere absolutamente desprenderse de sus bienes hasta después de su muerte? preguntó sencillamente el notario.

— En tanto que esto sea posible, repuso Enrique sonriendo.

— Entonces, dijo el notario, no hay otro medio que una venta vitalicia simulada, consentida por el vizconde.

O'Brien volvió a mirar a Enrique, quien contestó con aire indiferente:

— Extended el acta de venta y concluyamos de una vez: esto me va fastidiando.

— No es esto lo que te fastidia, pensó el general; otra cosa te escuece.

— Reflexionad, querido Lemesle, dijo el anciano en alta voz, ¿con esta acta no hay medio de desdecirse?

— Ninguno, general: esto es lo que se llama un contrato.

— Entonces, ¿porqué diablos reis? exclamó el general plantándose delante de Enrique con los brazos cruzados.

— Permittedme que me guarde este secreto, replicó el vizconde; y dirigiéndose al notario añadió:

— Vamos, caballero, tened la bondad de redactar el acta.

M. Lemesle puso manos a la obra acto continuo, pero necesitaba ciertos pormenores. Especificáronse cuidadosamente los dominios desempeñados por el vizconde, los cuales podian valer unos quince mil francos; los bienes muebles quedaron exceptuados y comprendidos en un acta especial. Concluido esto, M. de Villiers extendió una contraescritura en la que declaraba renunciar a los atrasos de las rentas vitalicias estipuladas en los dos contratos.

Al dejar la pluma, levantóse y ofreció la contraescritura con los dos contratos al general.

— ¿Os basta esto, caballero? preguntó el vizconde.

El general hizo aun un movimiento de duda, y su mirada consultó al joven notario, que no se olvidó en esta ocasion de hacer su salud. Al fin el general se vió obligado a responder afirmativamente.

— Caballero, le dijo entonces Enrique de Villiers dejándole pasar, temeria abusar si os detuviera mas tiempo... Me habeis prometido bajo palabra de honor que no intentarais nada contra mi al lado de aquellas señoras.

El general se dirigió hacia la puerta seguido del notario que se despidió con un saludo.

Antes de pasar el umbral, el anciano se volvió para decir:

— Conservo un no sé qué en el corazon, caballero vizconde; pero os vigilaré.

El notario volvió a saludar y los dos salieron.

Si hacemos mencion de los saludos repetidos de este joven notario, no es para hacer de ellos un objeto de risa. La politica es una noble cualidad. Hay otros notarios barrigudos que no saludan nunca. A los abogados de la escuela moderna que visten pantalon de cuadros, les cuesta mucho trabajo quitarse el sombrero. Para hacerles descubrir se necesita un respaldó ó una indirecta.

El vizconde, al verse solo en su gabinete, se sentó en su bufete, y tirando de un cajon tomó una cartera cerrada con llave. Despues de abrirla, sacó de ella una carta escrita en papel muy fino, que llevaba el sello de los Estados Unidos de América.

Era una carta de Elena Talbot dirigida a Elena de Boistrudan.

El vizconde habia dado por esta carta, asi como por muchas otras de la misma procedencia, una cantidad considerable a un viejo bribon llamado Gontier, muy buen criado, que hacia cuarenta años que servia a las señoras de Boistrudan.

Gontier entregaba a M. de Villiers, mediante esas sumas, todas las cartas que llevaban el sello americano.

— Quiero volver a leer este párrafo, pensó Enrique: Elena vivirá mucho mas tiempo que Rosen. Esta acta que se llevan vale bien el billete que tenía La Chatre.

El vizconde recorrió rápidamente con la vista la primera página, despues la segunda, y al empezar la tercera leyó en alta voz lo que sigue:

«...Es tan generoso y tan grande, que a pesar de la enormidad de sus agravios he obtenido de él la promesa

que no matará mi última esperanza. Mientras que exista el padre de mi hija, podrá algun dia volver a nosotros... Rosen ha jurado que no atentaria a la vida de su enemigo en tanto que quede una esperanza de que cumpla con sus deberes...»

Enrique leyó dos ó tres veces consecutivas y con suma atencion estas dos a tres lineas.

— Este loco moriria antes que faltar a su juramento, murmuró el vizconde: vea yo su cara y todo habrá concluido.

— Pero, se interrumpió, el texto es formal: en tanto que quede una esperanza de que cumpla con sus deberes... Retardaré la firma del contrato, puesto que este quitaria toda esperanza de cumplir con mis deberes... El plazo no será largo, y según todas las apariencias, el dia de mañana alumbrará grandes cosas.

El vizconde sonó la campanilla para que entrase el ayuda de cámara.

— No estoy en casa para nadie, le dijo, excepto para M. Benito que vendrá hacia las cinco.

El palacio del vizconde tenia un jardin en el cual habia establecido un tiro de pistola.

A pesar del frio que hacía, Enrique pasó gran parte del dia ejercitándose en tirar unas veces a la pistola y otras a la carabina.

Su mano no habia perdido nada; su golpe de vista era siempre exacto y mortal. El vizconde entró en su casa cerca del anochecer, satisfecho de su habilidad. Poco tiempo despues anunciaron a M. Benito.

Si Enrique no hubiese oído pronunciar su nombre a su criado, no hubiese conocido al individuo de Montmartre, pues jamás propietario alguno se presentó en público mas perfectamente acicalado.

Su traje hacia creer desde luego que a todos los oficios de Benito faltaba añadir el de cómico que sin duda ejerciera en otro tiempo: sus cabellos, que hemos visto medio encanecidos esta noche, brillaban ahora mas negros que el ala del cuervo. Llevaba patillas Windsor, llamadas vulgarmente *chuletas*, enmarañadas a toda moda, en las cuales habia pasado el *agua de Arcadia* de madama Saint-Isidore, que tiñe en un minuto. Su frente y su cara habian sufrido la correspondiente reforma producida por la legía, mientras que su camisa era blanca como la nieve. Benito llevaba bastante bien su traje completamente nuevo. A lo menos se habia quitado diez años de encima.

— ¡Perfectamente! exclamó Enrique; en Fontenoy los caballeros franceses llevaban todos camisa de linon guarnecida de encaje. Os habeis preparado magnificamente para la batalla, amigo Benito.

— ¿Creeis que pueda conocerme el tunante de Towah? preguntó Benito.

— Afirmo lo contrario; estais magnífico, y vuestro buen aspecto me confirma en una idea que tenia.... ¿Queréis que os presente a la duquesa del Valle?

— ¿Yo?... dijo el propietario admirado.

— Su esposo es el marqués de la Concha, del cual hemos hablado no ha mucho y al cual conocí en el nuevo Méjico. Ha tomado el título de duque del Valle.

— ¿Y de qué serviria esta presentacion? preguntó Benito.

— Serviria para muchas cosas... Pero primeramente, decidme: ¿tenemos los hombres?

— Ocho mozos cumplidos: cuatro para vos y cuatro para mí.

— ¿Se puede confiar en ellos?

— Yo mismo los he elegido.

— ¿Y les pagais bien?

Benito tomó un aire melancólico.

— ¡Era necesario hacerse pedazos! dijo suspirando; no me hableis de eso.... tendré que darles algo de mi parte.

— ¿Dónde los encontraremos? volvió a preguntar el vizconde.

Benito suspiró mas fuerte todavía.

— Me he visto obligado a meter el lobo en el redil, replicó Benito; mis ocho tunantes están en mi casa, calle de Saint-Denis, en Montmartre. En el mero hecho de saber esas gentes el camino de mi quinta, debeis conocer que renunció a ella; he formado ya mi resolucion; terminado el negocio, venderé todo lo que tengo allá y emigraré.

— ¿Dejareis la Francia?

— Me iré a Belleville ó a Montrouge, compraré terreno y me edificaré otra quinta.

— Lo que me admira, dijo el vizconde, es que los hayais dejado solos en vuestra casa.

— Bastante me ha costado; pero no tenia otro remedio. Ademas, habia que hacerlo tambien esta noche para acechar a Towah. Todo está atrancado: les he hecho un buen sermón de moral, y me han ofrecido portarse bien. Y al fin, tampoco les faltará que hacer. A las nueve quiero que los cuatro míos se embosquen en el jardin. Es mas que positivo que Towah volverá. ¿Sabéis lo que he pensado? He hecho abrir un hoyo en medio del césped, en el sitio donde encontramos a Mohican bajo la nieve.

— ¡Soberbia idea! dijo Enrique; pero hablemos de negocios: voy a comer, y despues a dormir un rato: esta noche tenemos mucho que hacer... Ireis a comprar un dominó para vos, dos para dos de los hombres mas robustos, y dos trajes de librea para los otros dos.

— ¿De qué color han de ser las libreas?

— Del color que gustéis: castaño oscuro con botones blancos de lujo... un cochero y un lacayo. Despues de hecho esto, alquilaréis un landó con dos magnificos caballos. Si no os lo quieren alquilar sin cochero, lo comprareis.

— Para hacer todo eso se necesita dinero, murmuró Benito.

Enrique le alargó su cartera.
— Hacia las dos de la madrugada, prosiguió el vizconde, el landó, conducido por dos de vuestros hombres, y los otros dos metidos dentro, vendrá á colocarse en fila lo más cerca posible de la puerta de la embajada.

— ¿Y después?
— Por ahora nada más. Esta noche en el baile os diré lo restante.

El vizconde llamó para que le sirviesen la comida. Benito salió para hacer sus compras.

El vizconde comió con bastante apetito, después de lo cual echó un buen sueño según costumbre de todos los grandes capitanes en la víspera de la batalla.

XII.

MISTERIOS.

A la misma hora en que M. de Villiers y su fiel Benito hablaban de dominós, de landó y de libreas, hablábase igualmente de libreas, de coche y de dominó en la modesta habitación del general Daniel O'Brien, situada en la calle de Amsterdam, no lejos de la barrera de Clichy.

La casa del general tenía un pequeño jardín, como casi todas las de este barrio nuevo. Al extremo del jardín, en medio de un grupo de árboles, se elevaba un bonito pabellón, detrás del cual había una puerta que daba salida á la calle de Bruselas.

Hacia tres días que Jorge Leslie ocupaba el cuarto principal del pabellón.

El vizconde Enrique tuvo razón en decir á Benito en su entrevista en la quinta de Bel-Air, que sería muy difícil que la policía descubriese á Towah el panio. Hasta nueva orden en efecto Towah no tenía necesidad de caverna ni de bosques para desorientar la policía.

Towah vivía también en el pabellón. El indio había escogido un agujero limpio en el cual dormía de día envuelto en su ropón. Towah no salía sino de noche.

Nadie le había visto nunca entrar ni salir. Hasta los criados del general ignoraban su presencia.

Por la noche, Towah se deslizaba del pabellón sin decir una palabra, y pasaba por encima de la pared por no pedir la llave: el indio no volvía á parecer hasta el amanecer.

Jorge Leslie, á pesar de sus esfuerzos, no había podido conseguir el hacerle modificar sus costumbres. El orgullo del indio había rechazado toda idea de disfraz. Iba con los pies descalzos, envuelto en su ropón apañado, y su mechón de cabellos plantado como un penacho en medio del cráneo.

Traje malísimo, es preciso confesarlo, para andar de noche por las calles de París, plagadas de rondas y de patrullas. Sin embargo, ni ronda ni patrulla alguna podía jactarse de haber visto á Towah en tres noches que caminaba á su albedrío. A pesar de la nieve que ahogaba como en una alfombra las pisadas de los vigilantes nocturnos, Towah los adivinaba de muy lejos.

El oído de Towah, sutil y siempre atento, le avisaba á tiempo. Sus pies desnudos no producían el menor ruido. Cuando le convenía acurrucarse en un rincón, su traje se confundía perfectamente con el color de las paredes antiguas.

¿Pero qué hacía el pobre Towah bajo los reverberos parisienses? ¿De qué le servían entre nosotros su oído sutil y su vista penetrante? Para extraviarse sin duda, hélo aquí todo. Para atacar, aquí, le faltaban armas. Estaba completamente perdido en medio de este mundo nuevo; carecía del hilo conductor que guía nuestros pasos, unas veces bien y otras mal, en este inmenso laberinto.

La primera noche había buscado en la nieve la huella de Mohican su enemigo.

En estos grandes senderos, como él llamaba nuestras calles, la huella de Mohican debía encontrarse en alguna parte. El indio conocía tan exactamente la impresión del pie de Benito, que juzgaba imposible equivocarse.

Pero en esos grandes senderos, hay millares de pisadas que se sobreponen, borrándose las unas á las otras. Para esta clase de hombres se necesita el desierto. Desde la primera noche Towah se sintió desanimado.

La segunda noche la pasó acechando á los transeuntes y mirando por entre las persianas, en todas partes en donde brillaba una luz; este medio no le salió mejor que el otro.

Su tercera noche, empezada en el malecón de Orsay, en donde le encontramos acurrucado en el alfeizar de la puerta baja del jardín de Boistrudan, debía llevarle á un suceso inesperado.

Towah sabía en donde encontrar á Mohican, y desde este día Mohican pertenecía á Towah.

A la hora en que entramos en casa del general O'Brien, Towah estaba en su agujero, echado cuan largo era en el suelo. El general y Jorge Leslie estaban hablando en el cuarto contiguo, alumbrado por una sola lámpara, cuya luz, marchando directamente al agujero, hería oblicuamente la cara del indio. Tenía los ojos cerrados; sus mejillas macilentas y llenas de señales de antiguas pinturas llevaban además la marca de dos grandes mordiscos.

El perro Mohican se había vengado antes de morir e estrangulado.

— Hay puerta de escape, decía el anciano general, que conservaba fija esta idea desde su entrevista con el vizconde; no olvidéis que hay puerta de escape.

— Echaremos el cerrojo, respondió Jorge Leslie recorriendo los papeles que Daniel O'Brien acababa de entregarle.

Éra el acta de venta vitalicia con la contraescritura.

— Entiendo poco en asuntos de esta clase, repuso Leslie; ¿no os ha dicho M. Lemesle que esto era suficiente?

— Sí... pero el vizconde confía en alguna otra salida.

— Os he dicho, querido amigo, que la tapiaremos.

Hubo un silencio durante el cual Jorge examinaba los papeles meditando.

— Hé aquí que Elena es rica, murmuró.

— Si el vizconde muere antes que vos, observó O'Brien.

— El vizconde morirá antes que yo... Es necesario que la hija de Elena posea toda la dicha que Dios puede conceder en la tierra á sus criaturas predilectas... Os doy gracias de todo corazón por el cordial apoyo que me habeis prestado en esta ocasión...

— ¡Begorra! ¡ma bouchal! como decimos allá en Irlanda, exclamó el anciano O'Brien; hubiese hecho diez veces más para complaceros, querido hijo, pero al menos hay también alguna parte de bien para mi pobre Elena á la cual quiero con locura... La idea de que ese bribon de vizconde podría ser su marido...

— No temáis... quiso interrumpir Jorge.

— ¡Que no temáis, pardiez!... primero le mataría con mi propia mano... Ahora, mi joven amigo, dadme mi papel para que pueda estudiarlo... ¿Qué vamos á hacer?

Jorge dobló sus papeles y los metió en su cartera.

— ¿Si vos tuviérais una hija, general, dijo Jorge con la voz algo conmovida, respondedme francamente, me la daríais?

— Mi hijo ha muerto, respondió el anciano con voz lenta y triste; ¿cuántos días hace ya que me encuentro sólo en el mundo!... Jorge, os amo desde el primer momento que os ví... En el lecho de muerte de mi hijo querido, hablando de vos, me dijo: «Le volvereis á ver, padre, Jorge será vuestro hijo...» ¿Os acordáis, Jorge, de una noche que os encontré solo y triste en el malecón del Louvre?... Nos apoyamos en el pretil y os dije: «Vamos, joven, pardiez, abridme ese corazón ahora mismo ó me enfado...»

— Si, murmuró Leslie sonriendo, me acuerdo de eso... hombre generoso, excelente amigo.

— Allí me contasteis vuestra historia, Jorge... de una manera modesta y tímida; pues teneis siempre miedo, al menos cualquiera lo creería, de robar la admiración de quien os escucha... Vuestra historia no era entonces muy larga, no teníais mas que veinte años... Después pasasteis el mar y habeis sostenido grandes luchas y otros sufrimientos... Os he vuelto á ver al cabo de cinco años y he encontrado una nueva herida en vuestra alma... En vano he buscado en ella el odio, el odio que yo hubiese sentido en vuestro lugar, y eso que soy, á lo que pretendes, un caballero y un soldado leal... En cincuenta años que ciño espada no he encontrado un hombre mas valiente que vos, Leslie... Jorge, en cincuenta años que recorrí el mundo nunca he abierto un libro mas hermoso que vuestro corazón... Sí, sí, os daría mi hija con placer, con reconocimiento... y me haréis arrepentir de no haberme vuelto á casar cuando era aun joven, pues hubiese podido tener efectivamente una hija y ser vuestro padre.

El anciano tenía los ojos llenos de lágrimas.

Jorge le devolvió su afectuoso apretón de mano.

— ¿Me daríais vuestra hija, preguntó otra vez, aun cuando volviere diciendos: Le he muerto?

— De mil amores, pardiez... Y si veía que amábais á mi hija, os diría: Arréglate; pero si quieres ser mi yerno, primeramente has de romper la cabeza á ese pícaro. Sin embargo, antes cogería la mano de mi amigo Jorge... le diría que me mirase de frente, y le preguntaría si está bien seguro de que no ama á la otra...

— Elena... murmuró Leslie cuya voz tomó un acento plañidero; no... no... no puedo amarla.

La cabeza de Jorge se inclinó sobre su pecho.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Longchamps. — Sobre el atraso de la moda masculina. — Las solapas de Longchamps. — Los colores claros. — La amazona clásica y la amazona de fantasía. — Trajes de paseo. — Una duquesa vendiendo corbatas. — El precio de una corbata querubín. — Carreras de caballos de la primavera. — Las comidas de lord Pembroke. — Cacerías imperiales. — Trajes de primavera representados en el figurin de este número.

Se habla de Longchamps, porque es preciso hablar de alguna cosa, y porque se quisiera que la moda produjese novedades lo mas pronto posible. La elegancia masculina es mas difícil de establecer de lo que se cree, pues así que trata de salir de la vulgaridad, encuentra obstáculos aun entre la juventud que representa el porvenir y el progreso. Lejos de admitir las cosas caprichosas, la juventud critica las casacas de corte y los trajes oficiales. Se desearía que en los bailes de Tullerías y de los ministerios no se viese otra cosa que el frac negro.

Dícese sin embargo que tendremos en Longchamps una novedad, y es la de las solapas, que serán anchísimas y bajarán hasta el talle. ¿Si volveremos al tiempo de las solapas á la Marat y la Robespierre? ¡Triste época y triste recuerdo!

En cuanto á colores, tendremos el gris, que á decir verdad, siempre es un poco mas alegre que el negro. Vengan pues los colores claros, que para verano son mas propios que los oscuros. Los pantalones seguirán anchos, y no hay duda que esta moda es preferible á la de llevarlos estrechos.

En fin, tengamos paciencia y esperemos un par de semanas.

Entre tanto hemos visto ya algunos trajes de primavera para montar á caballo. El jinete elegante principia á dejar la eterna levita para acompañar á las amazonas. El traje de estas varia muy poco; sin embargo, mas de una señora le modifica según el tipo de su hermosura. Algunas lucen el sombrero ruso adornado con una pluma y el corpiño guarnecido de alamares.

La amazona clásica consiste en una chaquetilla abierta por abajo á fin de que se vea un chalequito blanco. Aunque digo chaquetilla, se debe leer frac, pues lleva faldones que ajustan el talle por detrás y que caen sobre la falda. Este frac se cierra con presillas y botones. Las mangas van cortadas como las de los hombres, salvo la abertura de abajo que se cierra con tres botoncitos. Para verano y para el campo, algunos trajes de amazona se harán de hilo y de piqué en forma de paletó derecho. Esto es demasiado chino para ser bonito. Una chaquetilla ajustada que dibuje el talle será siempre mas graciosa para montar á caballo.

Los trajes que se ven en el bosque tienen ya cierto aire de primavera. No obstante, se reducen siempre á la levita mas ó menos derecha, mas ó menos larga y con mas ó menos botones. La levita derecha está muy á la moda, y con ella se lleva un chaleco de fantasía y un pantalón sin trabillas.

En cuanto á las corbatas se han reducido á cintas estrechas. Voy á contar una anécdota á propósito de corbatas.

El sábado 16 de febrero hubo una venta en el boulevard de los Italianos á beneficio de los sordo-mudos.

Todas las vendedoras pertenecían á la sociedad aristocrática.

La duquesa de C... vendía corbatas al gusto del día; — corbata querubín; — corbata jockey club; — corbata príncipe de Gales; — corbata oficial; — corbata blanca de baile; — corbata bordada; — corbata sentimental, etc.

Un joven elegante se acerca y la pregunta: — ¿Cuánto es la corbata querubín?

— Diez francos, responde la hermosa duquesa, y es de balde, pues no puede darse cosa mas bonita.

El tono gracioso de la duquesa que se burlaba con disimulo del elegante, dió á este un pensamiento temerario. Es verdad que no sabía con quien hablaba.

— Está bien, repuso; pero yo tengo la costumbre cuando compro una corbata, de pedir á la vendedora que me haga el lazo.

— Nada mas fácil, repuso la duquesa; voy á daros gusto. Y en efecto, le colocó graciosamente en el cuello la corbata querubín que era de color de violeta de Parma.

— Mil gracias, exclamó el joven entregando los 10 fr.

— Caballero, dijo entonces la vendedora con mucha gravedad después de tomar el dinero; ahora debéis quinientos francos á la duquesa de C..., que no consiente en poner las corbatas por menos á beneficio de los pobres.

El elegante no tuvo mas remedio que entregar los quinientos francos.

Las primeras carreras de caballos de esta primavera están anunciadas ya en la Marche. Veremos pues lo que ofrece de nuevo esta solemnidad á la que siempre concurre la moda. Entre tanto, siguen las fiestas mundanas lo mismo que si no estuviéramos en cuaremas.

Lord Pembroke reúne á comer á sus amigos todos los martes en su espléndido hotel de la plaza Vendome. En París es sabido que en el gusto, la riqueza de mesa y la perfección culinaria y vinícola lord Pembroke no tiene igual.

La corte de Francia se instalará muy luego en Compiègne. Parece ser que habrá cazar imperiales, conciertos y reuniones siempre con muchos convidados.

Entre tanto S. M. ha hecho grandes cacerías en Versailles, acompañado de uno de sus primos, el príncipe de la Moskova, de lord Cowley, embajador de Inglaterra, el marqués de Toulangeon, el barón de Laage y el doctor Aubin.

Mas de quinientas piezas fueron muertas en estas cacerías. Nuestro figurin presenta hoy un compuesto de trajes de primavera.

El primer personaje es un niño de doce años que sin duda por primera vez se ha vestido de hombre. Su traje es muy sencillo; se compone de un pequeño paletó mezcilla, de tres costuras, que dibuja ligeramente el talle por detrás. Las mangas son anchas, lleva bolsillos en las caderas y cuello bajo. Estos elegantes en ciernes usan por lo común un chalequito derecho sin cuello, abotonado bastante alto para que se vea. El pantalón gris tiene el mismo corte que el de los hombres, y no lleva trabillas. Corbata azul y gorrilla de estilo inglés.

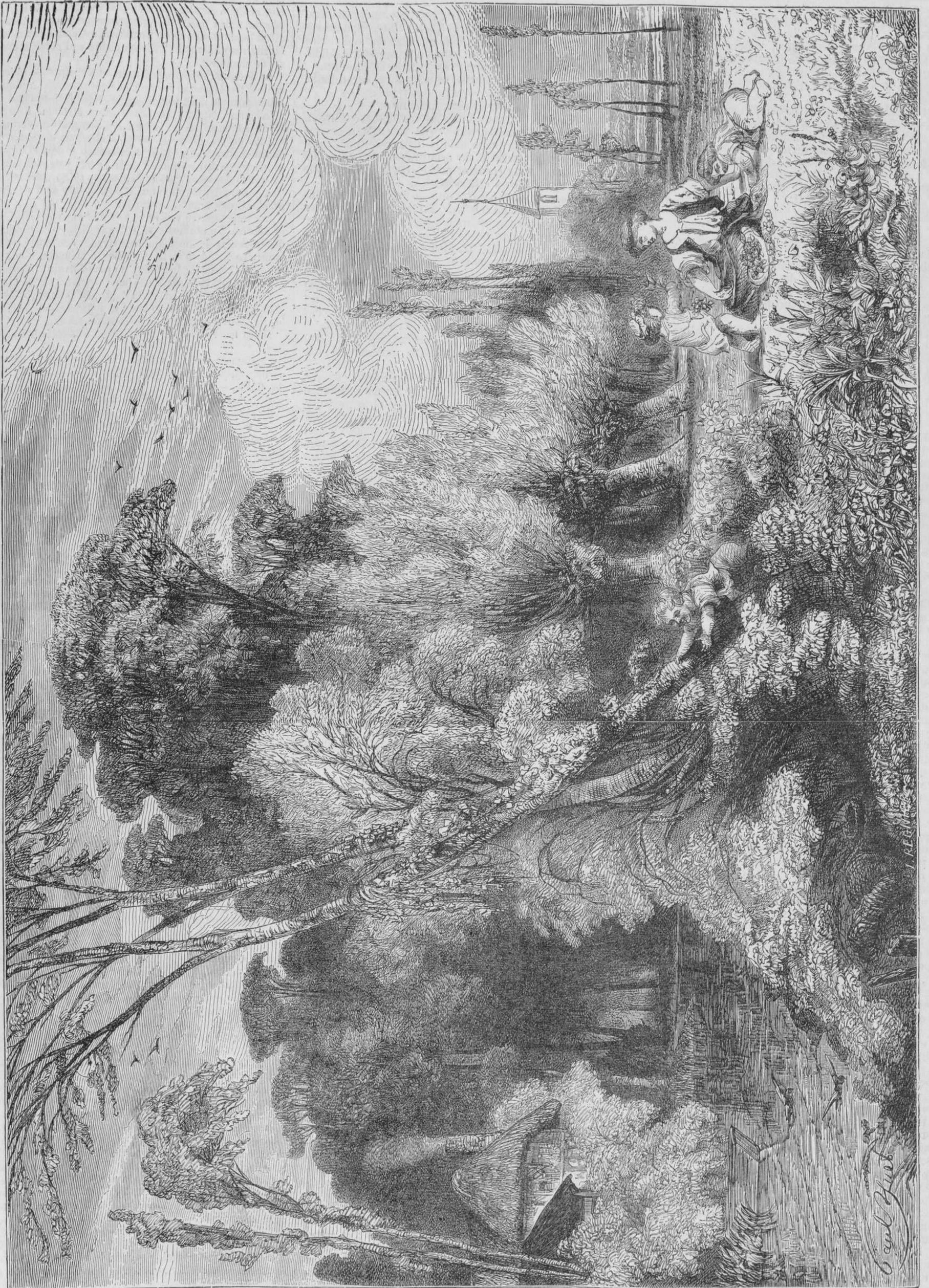
El segundo personaje lleva un traje de vestir. El frac de color de castaña, que es lo que se llama un frac francés, porque no tiene tantos bolsillos como el inglés, es infinitamente mas elegante y distinguido que este último. Además, no va cortado al talle sobre el delantero. Tiene no mas que una hilera de botones, y las solapas y el cuello que se redondean sobre el pecho, dejan muy descubierto el chaleco que cierra muy arriba y no lleva cuello. El pantalón de cuadros va cortado derecho muy ancho por abajo y sin trabillas. Corbata negra con puntas azules. Sombrero Dorsay y guantes de color gris.

El tercer traje es de fantasía y solo se admite para casa, para el campo ó para montar á caballo. La prenda principal es una especie de paletó-saco, adornado con grandes carteras de la misma tela figurando bolsillos y ribeteadas. La solapa y el cuello son pequeños; también se hacen de chal y de cuello derecho.

El chaleco y el pantalón son de la misma tela. La corbata es de seda color Solferino. Sombrero catalán de fieltro. Guantes cuero de Rusia.

El último traje se compone de un frac á la francesa; chaleco de chal, á pesar de la moda que lo quiere derechos, lo que es poco gracioso; pantalón de tela rayada, cortado ancho y un poco angosto sobre el pié; corbata negra y Solferino y guantes amarillos.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.



I. A. PRIMAVERA.